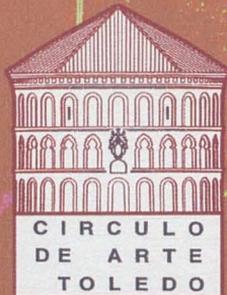


Paco Morata
Joaquín Copeiro
Beatriz González Gallego
María Antonia Ricas
Vanesa Jiménez García
Jesús Pino
Juan Carlos Pantoja Rivero
José Manuel Lucía Megías
Reyes Santiago Ostos
Jesús Ortiz
Manuel Quiroga Clérigo
Manuel Fernández Nieto
Juan Carlos Rdez Búrdalo
Miguel Ángel Curiel
Gonzalo Melgar
María Muñoz

HERMES



REVISTA LITERARIA ESTACIONAL

Hermes I, Toledo, 2006

Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 1



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**



Paco Morata

Alhárabe

por aquí pasa un río
decías avanzando tu paso de guijarro descalzo hasta la orilla
abriéndote camino entre encendidas piedras
que alargaban su sombra sedienta hacia tus plantas

buscabas la rivera de aguas inventadas
en donde tu cintura de adelfa adolescente
solía sumergirse desnuda entre las cañas

por aquí pasa un río
decías detenida tu cabeza en el solo insaciable deseo
mientras que desplegabas como una grulla en celo
las alas de la blusa al viento del verano
que rolaba rijoso de tu cuello a tus senos

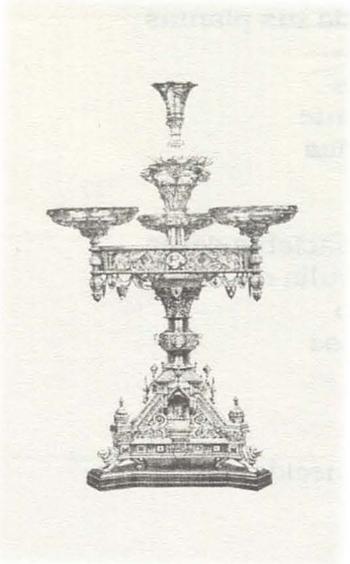
por aquí pasa un río
decías me invitabas a vadear las olas
que anhelante agitaba tu vientre estremecido

a refrescar tu piel con lava de saliva
encendida mi boca volcánica en tus poros

por aquí pasa un río
decías reclamabas el amparo ondulante de mi torso
mitad proa de barca mitad culebra airada
mi perfil como nimbo anunciaba inminente la lluvia
las garras de un torrente de juncos erizados arañaban tus nalgas

y el río sobre un lecho de entrelazadas palmas
volvía de su ausencia dormido en la tangible pereza de las manos
a calmar la venérea nostalgia de tu abrazo

Febrero de 2005





Bañistas en el río Alhárabe.
José Morata

Joaquín Copeiro

Accidente en el campo

Había sufrido una noche sin fin en que el sudor del miedo, lo repugnante de la misión, el sabor agrio del insomnio, el rigor de las posiciones en los puestos de vigilancia contribuyeron sin piedad a transformar a aquel hombre de veintidós años, alto, ágil, flexible y de elegante arquitectura, en otro guiñapo más del campo, casi como uno de aquellos pobres desgraciados de las jaulas. Por eso, porque sentía cómo se le escapan las energías por las grietas de sus llagados pies, fue por lo que decidió descargar sus setenta y cinco kilos de carne en el suelo, colocar el fusil entre sus piernas y acurrucarse con inocencia en torno al imaginario eje horizontal que le atravesaba el ombligo.

—¡Soldado!

La voz del teniente restalló tronante, incompasiva, solapándose a dos de las diez campanadas del reloj del patio de armas; las otras ocho lo aferraron, por un momento, a la cotidianidad, y eso no dejaba de ser un privilegio en un

lugar en que el silencio o los decibelios del *rock and roll* a todo volumen constituirían los únicos asideros sonoros de los presos con la realidad.

El soldado se irguió pesadamente, luchando por vencer la gravedad que tiraba de él con una intensidad mucho mayor que de costumbre. Al ponerse en pie, sus articulaciones chirriaron como engranajes secos. Se cuadró componiendo el esperpento de su propia miseria, y sus cuerdas vocales, deshilachadas y flácidas, apenas acertaron a esbozar maquinalmente un “¡a la orden de usted, mi teniente!”, que se oyó en el patio, no obstante, porque su boca no estaba precintada por ninguna mordaza.

El oficial, violado el esqueleto ideológico de sus dogmas por respuesta tan parca en energía y presteza, en claridad y vigor, en hombría y marcialidad, se revolvió histérico, gesticulante, conminatorio, vomitando cólera, como si le hubieran metido una brasa en el agujero de la úlcera que cada mañana alimentaba con medio litro de güisqui. Al tiempo que desenfundó su pistola, restregó irónicamente sus palabras por el rostro de su subordinado.

—Conque cansado, ¿eh? Pues ¡descanso..., ar! Vas a estar así hasta las doce, si es que antes no revientas y te pego un tiro.

Y diciendo esto, se sentó frente al soldado dispuesto a no perderlo y a velar así por el estricto cumplimiento de su orden.

El soldado intentó afirmarse en la posición de descanso, tensando sus músculos para mantener la prestancia requerida. La prueba parecía de fuego y, sin embargo, mientras la afrontaba, era consciente como nunca de la libertad con que sus ideas continuaban desafiando los raquíuticos límites de la situación. ¿Les sucedería a ellos lo mismo? Un

alcatraz sobrevoló el campamento y, a unos metros de él, algunas bananas maduras golpearon el suelo. Él pensaba ahora febrilmente, pero sin fatiga, y lo hacía de forma desorganizada, involuntaria, estimulado su mecanismo por una libertad que ningún matón de tres al cuarto podía reprimir. Y ahora sintió además algo verdaderamente nuevo en su vida, que lo llevó a aprehender con las vísceras lo hermoso del esencial funcionamiento del cerebro humano, prodigioso órgano que lo invitaba a valorar el vuelo de las aves o la maduración de los frutos. Cayó en la cuenta, también, de lo estúpido y desarmado que aparecía el teniente ante aquel hecho tan elemental que acontecía en su cabeza, con todo su golpe de superior galoneado y su intento enloquecido de sojuzgarlo como a los de las jaulas.

¡Tenía ganas de orinar!

Jamás había pensado, o jamás lo había hecho con tanta claridad, ni siquiera mientras le tocaba colocar la mordaza a alguno de esos desgraciados o el antifaz que debería cegarlos, hasta qué punto era imprescindible el lenguaje, y sobre todo su interiorización a este lado de los ojos, de los oídos y de los labios. Ahora, en cambio, cuando su estabilidad vital dependía de la arbitrariedad de un sabueso con estrellas, sus ideas caminaban en esa dirección, es decir, hacia el análisis del lenguaje, y lo hacían entender, introduciéndolo en las llagas de la verdad, empujándolo a palpar las evidencias, que para pensar, para meditar, para reflexionar, el lenguaje era necesario, imprescindible. ¡Ah, el lenguaje, el pensamiento! ¿Quién inspiraría sus leyes lógicas? Desde luego, no un descerebrado como el que lo miraba. Pero hoy su mente, incluso en medio del dolor que le estaba lacerando el cuerpo, le ofrecía con lucidez la solución al enigma: la creatividad humana había instituido esas leyes, conformando con ellas el lenguaje y el pensamiento; y lo había hecho gracias a

la forma de ser social que tenía la persona, esa manera consustancial de realizarse en los otros, de verlos, de escucharlos, de nombrarlos, de tocarlos como esos desgraciados pueden hacer con sus manos enguantadas hasta la anulación del tacto. Pero “¿cómo va usted a comprenderlo, mi teniente, si usted no es más que un niño jugando a los soldados, con pistola de madera y uniforme de papel de estraza, que no sobrevivirá a la desaparición de los presos?”

El tiempo transcurría con la lentitud de los bueyes. El teniente se levantó. Arrogante y seguro de sí, se acercó a él. Las miradas de los dos hombres se midieron en combate desigual: la del teniente era sólida, violenta, con salpicaduras rojas, enraizada en la tortura y la inmisericordia; la del soldado era desleída, difusa y sin objetivo aparente, como la de un torturado cualquiera. Ambas luchaban en silencio: la una, con estertores de odio; la otra, con la fría pasividad de quien acepta la propia destrucción, pero sublevando al contrario como ninguno de los enjaulados había conseguido.

Un chasquido levemente punzante en la vejiga le correteó al soldado neuronas arriba hasta zarandearle el recuerdo de sus ganas de mear, que esta vez eran más apremiantes.

El soldado advirtió que sus ojos seguían vivos y que, a través de sus pupilas, podía recorrer a voluntad los surcos que marcaban de virilidad el rostro envilecido del teniente. Reparó entonces en el tiempo, largo ya, que llevaban frente a frente, y observó al detalle la nauseabunda grosería de aquella cara.

¡Tenía unas ganas inmensas de mear! Su capacidad de contención estaba franqueando sus propios límites biológicos. ¡Ya no aguantaba más! Además, el cansancio de la postura se estaba apoderando de cada una de sus células y una pesadez plomiza lo apretaba hacia el suelo, agarrotando

sus músculos y agobiándole el espíritu. Era como si llevara dos años en una jaula de cuatro metros cuadrados.

Habían transcurrido casi dos horas desde que el teniente le diera la orden de descanso, casi dos horas sobre la misma pierna, y las manecillas del reloj del patio parecían clavarle el tiempo en su cadera dolorida: las doce menos cinco. La rigidez le había cristalizado los huesos, que estaban alcanzando una consistencia quebradiza y que emitían sonidos de otro mundo cada vez que, con la imperceptibilidad de un especialista, trataba de mover la rótula para convencerse a sí mismo de que continuaba vivo. El punzante dolor en la cadera que pechaba con el peso de la posición, y que se le había subido hasta el hombro, le desapareció allí mismo con las campanadas del mediodía. Por el fondo del patio cruzó un pelotón que acompañaba a un par de presos al pabellón de los interrogatorios. Las campanadas seguían brotando de las tripas del reloj, se descolgaban por las paredes del patio y rebotaban contra sus adoquines; entre tanto, el soldado, que ya no miraba a los presos, no veía el momento de acabar con su situación y de mear por fin, mear hasta la última gota, aliviar su vejiga del dolor que la agujoneaba. Mas, ¡ay Dios!, tras la última campanada, el sistema de megafonía del recinto abrió sus fauces y, con esa asepsia deshumanizada de los avisos, recordó la conveniencia de atrasar los relojes una hora para cumplir lo decretado por el gobierno en su plan de ahorro energético. El soldado temió lo peor y no era para menos: con las comisuras retorcidas en un mohín cargado de ironía, el mentón henchido de insolencia y empleando la pistola como un dedo acusador, el teniente, juez sin piedad, escupió sus palabras de condena, inapelables:

—¡Soldado: aún son las once! ¡Te queda otra horita, cabrón!

El sol caía más perpendicular que nunca y parecía

como si los barómetros y los relojes hubieran reventado con la presión atmosférica. Las jaulas debían de hervir como asadores. Tampoco para él había alivio: un sudor pegajoso y sólido proseguiría empapando durante otra hora su grasiento uniforme, preñándolo de mal olor y de mugre.

La rabia masculada le había fundido las mandíbulas en una sola pieza que ahora le atenazaba la palabra con una expresión ridícula y acartonada. Sus manos, las que con tanta fluidez había aprendido a mover sobre el teclado del ordenador, o sobre el del órgano, se le habían quedado como abrazaderas alrededor de la bocacha del fusil.

Llevaba una eternidad en posición de descanso. Los músculos de su vejiga, repleta hasta el extremo de su hombría de un orín deseoso de abonar el suelo donde se proyectaba la sombra de sus testículos, se le habían estirado hasta un dolor de parto. De pronto, como si el teniente, en su arrogancia, le hubiera atravesado de un balazo la vejiga, aquel cuerpo vestido de caqui se desplomó. Con los ojos a medio cerrar y una mezcla de asombro y tragedia en la boca, el soldado notó que el calor de las lágrimas bañaba su cara de idiota reprimido, similar ahora a la de los presos que intentaron suicidarse lanzándose de cabeza contra los barrotes de sus jaulas. Aquel río desbordado le llegó a las comisuras, y, en medio del mareo, agolpados sus sentidos en unos labios cianóticos y unas encías sanguinolentas, su acorchada lengua reconoció un sabor nuevo y, sin embargo, de intuida familiaridad a urea. Era orín lo que se le había derramado por las mejillas, un orín espeso, cargado de arena vesicular, que se había rebelado contra las leyes biológicas que durante veintidós años encauzaron estrictamente su huida hacia la luz a través de la uretra. Porque ya estaba bien que el orín, el suyo, después de sufrir en carne propia el riguroso sometimiento a las leyes naturales, tuviera que aguantar

impertérrito el avinagramiento de las pupilas de su dueño, y todo por las veleidades asesinas de un teniente adiestrado en la tortura.

En la penumbra del delirio, el soldado creyó atisbar que sus globos oculares estaban bañados en sangre y sin vida, como los ojos de los presos bajo los antifaces; que la pierna que había soportado su peso durante el descanso se hallaba tumefacta, como las piernas engrilletadas de los cautivos; que sus manos en otro tiempo ágiles y vivarachas padecían tan dolorosa desarticulación como las manos embalsamadas de aquellos desgraciados; que su cuerpo, en fin, yacía inerte por la falta de riego, con la sangre alquitranada, como le sucedía a cuantos soportaban el calor abrasador de las jaulas. Y sin embargo, nada de eso le dolía, como tampoco le importaba la conciencia de estar muerto que, poco a poco, se iba abriendo paso en su cerebro. La fatiga, la angustia, la rabia, la impotencia, soportadas horas antes con el pulso percutiéndole en las sienas hasta casi reventárselas, habían sido reemplazadas por un halo de bienestar que lo envolvía en un frescor de espuma. ¡Ya quisieran los cautivos del campamento hallarse en situación tan irreversiblemente agónica como la suya!

Se sentía morir, tenía la certeza de que fallecería ante las mismas narices del teniente, que jadeaba boquiabierto a su lado; pero, al tiempo, se percibía libre y ligero como una idea, como una de aquellas ideas con que en ocasiones había deseado aliviar a algunos de los presos.

Una mueca de paz se dibujó en su boca con el último sabor a sal, y en el reloj volvieron a sonar las doce. El teniente, sorprendido por aquel inesperado e insólito espectáculo que no alcanzaba a comprender y que parecía escapar desafiante a su control militar como jamás le había sucedido con terrorista alguno, rabioso como un perro de presa

al que anduvieran retorciéndole los cojones con tenazas de fuego, abrumado ante una muerte accidental que bien podría arrebatarse los galones y hundirlo en las simas de la indignidad y el deshonor, porque aquel hombre era un compatriota y no un maldito terrorista, el teniente, pues, se puso en pie de un salto, abrió despatarrado la boca hasta que le crujieron las quijadas, introdujo en ella el cañón de su pistola y se descerrajó un tiro que le reventó la cabeza. El silencio en el campo de internamiento precisó una nube de humo para hacerse notar.

Al día siguiente, la prensa se limitaría a reseñar que “en el día de ayer, el teniente Torrejón murió al disparársele la pistola que limpiaba”.



Beatriz González Gallego

Pájaros de luz

Es de noche y busco la palabra. Siembro
dunas de arena en pirámides de tiempo.
La oscuridad detiene al mundo en su ámbar.
¿Somos para Amor un dulce sacrilegio?

Nosotros:

Bengalas en la garganta de la noche,
ánforas de silencio mirada adentro.
Cuerpos desacostumbrados por el alba
a resolver los enigmas del deseo.

Nosotros:

Pájaros de luz que trinan de nostalgia
cuando evocan vagamente nuestros rostros.
Vamos a la claridad, ebrios de luna,
como tenaces hiedras sobre los troncos.

Nosotros:

Pájaros de luz que esquivan la densa muerte
porque entienden la cordura y se la niegan;
locos de amor, indignos de lo prudente,
nacidos para reír a la tristeza.

Nosotros:

Somos para la noche crueldad tan bella...
Pájaros-luz, lentos pájaros de niebla
que se funden un instante y se derriten,
tocando el sol, la luz y los planetas

De lejos

Cristal roto es tu amor sobre mi alma;
toco sus bordes con dolor sereno,
mientras lluvia de días, con desgana,
calma, sutil, las ansias de lo eterno.

Vago sin enredarme en tu rutina,
palpando el desconsuelo de tu hueco.
Te caes de la sintaxis y la rima;
te lloro en el oficio de los versos.

De lejos, con el alma detenida,
me astillo disputándole al olvido
la sola caridad de atesorarte.

Aunque tronchada, ajena y fugitiva
me enredo en la ansiedad y sus dominios,
no pierdo el ciego empeño de buscarte.

Oda al Olvido

Danos, Olvido, el bálsamo y la tregua.
Sueña que no hemos sido, simplemente;
que nos ensoñaba Dios, en su nada:
Un descuido creador imperdonable.
Diluye en tus cauces invertidos
la adorable costumbre del deseo.
Lame la ternura pura y maleable
que dejó la voz que humedecía el alma.
Nunca me des a imaginar los besos,
tactos secretos... deleites impedidos.
No te asomes al claustro de las palabras:
El amante en soledad teje espejismos.
Vuelve a la antesala del silencio
y déjame dormida en la inocencia.
Haz de este recuerdo opaca agua
que ciegue la impiedad de no sentirnos.
Danos la miserable dicha de sabernos
remansos de nostalgia e indolencia
en este desacompasado cataclismo.
¡Quítanos de encima este misterio!
¡Límpianos el daño de faltarnos!
¡Déjanos desaprender, en tu limbo,
que en este calmado almíbar de tristeza
vamos volviendo a la nada en que surgimos!

María Antonia Ricas

para el soneto XXIII

Al cruzarme con los muchachos
que pisotean bonsáis a gritos
de llamada de sexo asombroso
e hirviente...

Elas se balancean
con un cierto veneno de adelfa
en sus ombligos.

Ellos, de junco,
rodean troncos de árboles ejer-
citando alabardas de deseo.

Suben
lunas en creciente por la calle
donde camino a los habitantes
de mi casa.

Suben desgarbadas y bellisimas
formas de estar hendiendo la luz,

Tethys

¿Has flotado alguna vez con los brazos extendidos,
boca arriba en el agua, mientras gira alrededor
de la Polar una osa blanca que no se sumerge?

¿Te has tendido así, en el agua, viendo pasar las luces
de las máquinas
cuando el menguante las sigue con los ojos y muda
su sonrisa de felino de cuento a otra sonrisa
poco recomendable?

¿Te has echado en el agua, has conseguido mantenerte
en el agua y cuanto más te mecías más lejano
era el chirrido de las ciudades que lamentan
haber edificado templos para los relojes?

¿Has estado de ese modo, confiándote al agua,
descuidando tu peso, tu espalda, la vertical
de tu estatura?

¿Has estado flotando, sin asustarte, flotando,
sin esperar, sin acritud, sin recordar, flotando?

Es Ella, entonces, la que te sostiene desde el fondo.

Vanessa Jiménez García

Ascensión final:

I

«Death is the mother of beauty»

W. Stevens

Fue más deseado
cuanto más veía al Tiempo
nimbar su frente,
y con su mano
dibujarle, con lentitud:
como si le guardara
su esencia en mármoles,
y cada instante recreando su escultura.

Ella
le miraba
desde la enredadera,
con un anhelo sobrehumano...

¡Cómo se iba,
cómo se iba intermitente:
cómo su luz llegaba de una muerte prematura y constante,
en su carne o espíritu, en su forma oscura!

Ella
le miraba siempre
y le nombraba
con las voces más terribles:
lejanía,
ausencia
o falta,
pasado,
y las más blancas:
edad y llanto.

II

«Alguien dijo palabras de nuevo nacimiento»

L. C.

Prepárate un banquete,
pues ya habita la soledad en otro pecho,
y se llevó con ella la dura tierra
en que pensabas ubicar tu sepultura,
la losa que pesaba,
que ahogaba,
la losa blanca.

Aunque te sepa amargo el alimento,
porque acabas de amputar la mano que lo sala,
aunque de la ceniza del hogar

solo manasen sombras negras,
que el frío de la ausencia multiplican,
has de abrir la boca,
comenzar a tragar la hiel y la cebada,
desperezar del sueño
(bajo el signo del cual pruebas la muerte)
con el golpe brutal de la certeza,
y saber que aún no es el tiempo del abismo.

Resucítate tú,
golpea tu carne,
date luz.
Él no te va a decir:
Levántate de nuevo
y anda.

III

Pánico y Fuga

Por él:
por los ecos proferidos
la última noche, justo ayer,
aquellos que le resucitan
en carne sutil,
(te encarnan sutil),

por él:
por la herida
de insobornable ceguera
que le acoge,
entre lecho y costado

por él:
por el osario de su boca
que fundé como patria
(único lugar donde morir a tu memoria)

por él:
(por la ascensión a mi visibilidad final,
a la ruina profunda de mi carne
que no miras ya
terriblemente nueva)

A él, por siempre:
ahora y en las horas venideras:
salud y muerte,
amé[n].

EROS FINALES:

I

Vómito de rabia y luz
mientras siembras en mí tu precipicio:
ya entonces dolía,
dolor de saberte ido,
como hoy,

de saberte más allá,
como hoy:
incluso en el gozo
bajo la niebla de tu sudor opaco.

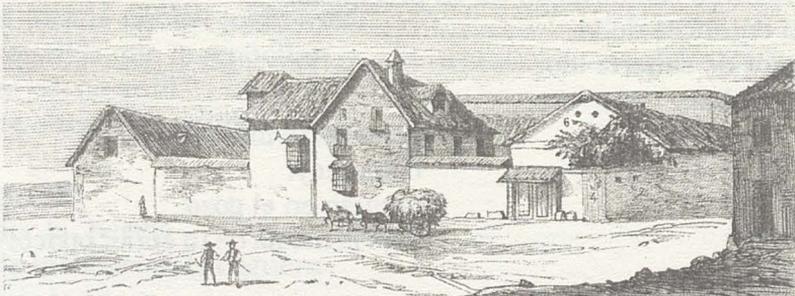
II

táctica:
échate aquí, tu mano al centro de la noche:
así se ciega el ojo para que el cuerpo cante.

III

¿Cómo solías
hacer sin sobresaltos
el crimen?
¿Cómo abrir la herida
con un zarpazo tan final,
sordo y rotundo?

Demonio, escondido
ibas tardando tanto y tan dulcemente:
el filo resplandecía entonces
y solemne ejecutabas
cada pequeña muerte.



ESQUIVIAS (TOLEDO).—CASA DONDE HABITÓ MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.
(Cróquis de D. Manuel Víctor García.)

Jesús Pino

Séptimo día

¡Se acabó!
Por hoy es suficiente
-¿Para qué? ¿Para quién?-

Dejaré de escribir este poema
-o que me escriba él-
sobre la magia de la inactividad,
me quitaré las gafas y el reloj,
aplastaré la humeante
compañía del cigarrillo
y apagaré las luces de la casa.

Y entonces, ¡a dormir!,
¡a descansar!
A ser sueño en el sueño
del sueño de los sueños.

¡Y bendita sea la simpleza de cuanto fue creado!

El diablo

Coge un palito seco
Lo introduce en un hoyo de la Nada.
Lo remueve.
Con aburrida tenacidad.

Bruscamente salta
del fondo de la infernal blancura
el insecto brutal
de la violencia.

Esto le convierte
en un dominador
temido y admirado.

Su habilidad expurgante.
Su pleno conocimiento
de las malsanas madrigueras.
Su católica ubicuidad.
Una fama más de hábil malabarista
que de original inteligencia.

-Pues a los humanos,
aún les sobra
el palito seco-.

La rosa de los vientos

Ni el amor a la luz ni el odio hacia las sombras
-ni sus combinaciones estridentes-.

Odiar y amar son vértigos bastardos.

Agradezco la claridad de otoño,
el vino de las uvas
y tal vez la caricia de un aire frío del Norte.

Ni el Este me seduce ni el Oeste me asombra.

Esta particular taxonomía
seca mi Cruz del mundo y la perfila
entre dos Aristóteles de hielo.

31 de diciembre

Transcurrió un año y entramos al siguiente
con la resignación de los corderos.

Retroceder es imposible
y restaurar ausencias y placeres
es solo filigrana de memoria.

Así que planteemos vivir la última noche
igual que una derrota
vagando por las calles
al encuentro del vino o la esperanza.

Juan Carlos Pantoja Rivero

¡Voto a Dios...!

Parado en el medio de la plaza, Miguel no daba crédito a lo que estaba viendo: a ambos lados del rectángulo, una ingente cantidad de extraños carruajes fabricados también en un extraño material, cada uno de un color, con unas ruedas negras no menos extrañas y con unos cristales que dejaban ver con claridad su interior, en el que unos cómodos asientos recordaban los de los coches de postas en los que tantos viajes había él realizado la última vez que tuvo conciencia de estar vivo. Sin embargo, lo que más llamaba su atención era la estatua que estaba frente a él, sobre un elevado pedestal: representaba a un hombre vestido a la usanza de su tiempo y tenía cierto parecido con él mismo; más aún, lo representaba a él mismo, a juzgar por la inscripción del pedestal, donde se podía leer con claridad su nombre: Miguel de Cervantes, con grandes letras mayúsculas. En los costados del pedestal había unos relieves que recreaban, al parecer, escenas de las andanzas de don Quijote. Y si todo esto le llenaba de asombro, el hecho mismo de encontrarse allí, vivo, en una época para él desconocida y fuera del conocimiento que creía tener de las cosas de la

vida, le resultaba aún más incomprensible y le llevaba a juzgar su presencia en esa amplia plaza de Alcalá de Henares, su patria, como una “no vista merced” del cielo, en palabras de Cipión, uno de esos dos perros que él hizo hablar en su novela ejemplar, o, como dijo el otro perro, Berganza, a tener conciencia de que su situación en esos momentos pasaba “de los términos de naturaleza”.

Se miró y se vio vestido de una manera que le era desconocida, con unas ropas cómodas pero nunca vistas, muy parecidas a las que llevaba un transeúnte que en ese momento atravesaba la plaza, el primero que veía desde que de pronto se encontró allí de pie, al amanecer de este día impreciso y extraño. Miguel vio cómo el hombre que iba vestido como él abría la puertecilla de uno de esos carruajes de colores y, tras meterse dentro, provocaba un ruido desagradable antes de hacer que el coche se moviera. Se espantó con lo que veía y temió haber llegado a un tiempo terrible y hostil, cada vez más convencido de que esa no era su época. Comenzó a caminar despacio, sorteando los carruajes parados, hacia la calle Mayor, porticada, como él la recordaba, y pasó junto a establecimientos en los que se vendía ropa o se servían bebidas; se cruzó con varias personas que parecían llevar mucha prisa y terminó encontrándose con el escaparate de una librería, en el que se detuvo a mirar con curiosidad: los libros le resultaron raros, con colores y grabados varios en sus portadas, algunos de un realismo que le pareció asombroso. Terminó de dejarle petrificado el lateral izquierdo del escaparate, en el que se disponían ordenadamente varias ediciones distintas del *Quijote*, con dibujos atractivos y letras de molde que anunciaban el título del libro y el nombre del autor, el suyo, por todas partes. Miguel se frotó los ojos de manera mecánica, como si no creyera lo que estaba viendo: quijotes de todos los tamaños

y colores, adaptados para niños o traducidos al latín macarrónico, libros de considerable grosos en los que, al parecer, se estudiaban aspectos diversos de su obra, ediciones varias de libros de caballerías y de otras piezas escritas por él mismo; incluso una edición del malhadado *Quijote* que falseó el tal Avellaneda. Cervantes estaba perplejo ante aquellos libros. Fijándose bien pudo ver que una de las ediciones de su *Quijote* llevaba una inscripción en la parte baja en la que se podía leer: “edición del IV centenario”. Sintió entonces un mareo que le hizo apoyar la mano en el cristal de la librería, para no caerse: *cuarto centenario*, pensó, *luego este año en el que estoy es el 2005. Pero, ¿por qué hay tantas ediciones de la historia de don Quijote? Cuatrocientos años después se sigue leyendo, y yo debo de ser muy conocido e importante, pues hasta me erigen estatuas. ¡Qué extraños tiempos estos a los que he llegado!* Miró a un lado y a otro y vio a las gentes que, cada vez en mayor número, recorrían la calle, ajenas a su presencia. En la puerta de la librería, un cartel anunciaba un ciclo de conferencias con el título de “Reflexiones sobre el *Quijote* en el IV centenario”, con la participación de varios eruditos de distintas universidades españolas: Barcelona, Alcalá, Madrid, Castilla-La Mancha... Esta última le llamó la atención, pues ignoraba que existiera un territorio con ese nombre: sabía, por supuesto, de la existencia de Castilla y de la Mancha, pero no entendía qué relación arbitraria las había convertido en una sola realidad, aunque la certeza de estar viviendo cuatro siglos después de su tiempo le llevó a considerar que las cosas, por fuerza, habrían cambiado mucho. Se fijó en el nombre del profesor de Alcalá, que hablaría sobre “La parodia de los encantamientos en el *Quijote*, y decidió acercarse a la universidad y preguntar por él, no sin antes recorrer otro tramo de la calle y encontrarse varias menciones más a ese

cuarto centenario que le situaba en los albores del siglo XXI y que hacía de él una figura importante: exposiciones, conferencias, ediciones conmemorativas, conciertos y hasta menús en los restaurantes festejaban la fecha en honor al *Quijote* y a su autor, él mismo, casi desdeñado en su tiempo y convertido ahora en una especie de héroe nacional. Cervantes estaba impresionado ante el despliegue producido por el cumpleaños de su obra, más incluso que por el hecho inexplicable de estar viviendo esos momentos, tan lejos de su tiempo y más allá de las fronteras de la muerte.

“Casa natal de Cervantes. Exposición: La época de don Quijote”, leyó en unos carteles que colgaban de unos postes y que incluían un grabado que representaba a don Quijote y a Sancho a lomos de sus cabalgaduras. *Casa natal de Cervantes*, pensó mientras pasaba a su lado una mujer joven con una falda tan corta que le obligó a clavar la mirada en sus muslos, *extraña manera de vestirse, mostrando la desnudez de lo más íntimo*, se dijo, y volvió luego a sus cavilaciones, justo en el momento en el que llegaba frente a la que fue su casa, según dedujo de los carteles que la anunciaban, pues a simple vista le resultó desconocida. Le hubiera gustado entrar, pero estaba cerrada la puerta y un letrero anunciaba un horario de apertura que se iniciaba a las once de la mañana: Miguel se sintió contrariado y molesto, pues ni siquiera sabía qué hora era. Decidió entonces volver por la calle porticada y encaminarse a la universidad para buscar al profesor que hablaría sobre los encantamientos. Las gentes que pasaban a su lado no se inmutaban ante su presencia, uno más en la vorágine que era Alcalá en esas horas matutinas de un día cualquiera del año 2005. Su perfecto anonimato le llevó a considerar que no podría convencer al profesor que iba buscando de que él era Miguel de Cervantes: lo tomaría por un loco o un amigo de la chanza.

Este pensamiento le hizo dudar y pensó en desistir de su empresa, mantenerse anónimo y aprovechar el don que le había sido concedido para conocer ese tiempo que le parecía tan apresurado, para indagar, por su cuenta, en el hecho insólito de haberse convertido en alguien muy importante. Decidió entonces que no visitaría al profesor, pero sí acudiría esa misma tarde a la conferencia que daría, en la propia universidad, otro profesor, curiosamente el que venía de ese extraño lugar que se llamaba Castilla-La Mancha.

Cuando llegó de nuevo a la plaza rectangular en la que estaba su estatua, se percató del rótulo que la nombraba y vio que también tenía su nombre: "Plaza de Cervantes". Ya empezaba a acostumbrarse.

Al terminar la charla del docto profesor, Miguel se acercó a él y le felicitó por el acierto de sus palabras: había hablado sobre vida y literatura en el *Quijote*. A Cervantes le llamó la atención el conocimiento que aquel tenía de algunos aspectos de su vida personal, aunque en ocasiones le pareció que lo que decía carecía de sentido, sobre todo cuando intentaba relacionar algunos episodios de su libro con su propia vida, momento en el cual el profesor demostraba tener un conocimiento muy parcial de esta. Miguel fue prudente y no le dijo al conferenciante quién era, aunque sí le preguntó dónde estaba exactamente esa tierra que se llamaba Castilla-La Mancha. El profesor lo miró extrañado antes de contestarle, tal vez considerando que su interlocutor sería extranjero. Cervantes le dijo que Toledo y Ciudad Real, y los otros lugares que el profesor mencionó a otra pregunta suya, le eran muy conocidos, pero que ignoraba que ahora se englobaran bajo ese nombre tan peregrino. El profesor no sabía ya cómo quitarse de encima a quien consideraba un

loco o un ignorante, y que le hablaba de una forma muy parecida a la que él sabía que se empleaba cuatro o cinco siglos atrás. Finalmente fue el propio Miguel quien se despidió de él, tras preguntarle dónde podría encontrar un carruaje o un coche de postas que le pudiera llevar a la Corte. Afortunadamente el profesor era un profesor y conocía bien los Siglos de Oro, así que pudo indicar al impertinente que le preguntaba (y quién sabía si no se estaba burlando de él) por dónde podía ir a la estación del ferrocarril y coger allí un tren para Madrid. Cervantes no entendía la parla del profesor e ignoraba qué era un tren, pero siguió sus indicaciones convencido de que sería un novedoso medio de transporte. Sabía que le costaría dinero subir al carruaje en cuestión, pero no le preocupaba, porque a la hora de la comida había descubierto, por casualidad, que en sus extrañas calzas llevaba unas monedas y unos papeles de colores que también eran, al parecer, dinero. Las monedas le dieron la pauta cuando vio que en algunas de ellas ponía “2 euro”, y llevaban, por el anverso, el rostro de un hombre que le resultó desconocido. Intuyó que ese nombre absurdo, “euro”, era el de la moneda que se usaba ahora en España, y le alegró ver que los papeles de colores tenían valores más altos: cien, cincuenta, veinte euro; así, sin ese, que le rechinó la ausencia del plural. Su asombro llegó al extremo cuando, en un puñado de monedas, vio que las doradas llevaban un rostro diferente al de antes: era un hombre barbudo con una golilla, a la manera de su tiempo, que según se leía en la moneda le representaba a él: “Cervantes”, ponía, y hasta se le parecía algo. No le extrañó mucho, porque ya sabía que era muy importante en ese siglo XXI tan raro y tan hostil. Con ese dinero, Miguel entró en un figón y comió un menú “cervantino” a base de lo que llamaban “duelos y quebrantos” y un guiso de carne de cordero al que habían puesto el nombre

de “guiso de las bodas de Camacho”. Veinticuatro euros (aquí sí en plural) le costó comerse las versiones de lo que él había inventado.

Siguiendo las indicaciones de un transeúnte, Miguel se encaminó al lugar llamado estación del ferrocarril, no sin gran peligro de su vida, ya que en las anchas calles que le llevaban a su destino, el tráfico de coches era intenso, y estos alcanzaban una velocidad que le pareció excesiva. Sortear a esos carruajes cada vez que tenía que cruzar una calle se convirtió en una aventura que dejaba chicas las de los caballeros andantes, aunque pronto pudo observar que los extraños coches se detenían a veces, aparentemente de manera arbitraria, delante de unas rayas blancas pintadas en el suelo y de unas barras metálicas, verticales, de las que emanaba una luz roja a la que los cocheros obedecían parando sus carruajes. Lo de las luces también llamó la atención de Miguel, ya que no veía por ningún sitio el fuego que las iluminaba. Por un momento pensó que si su don Quijote viera esas luces achacaría su funcionamiento a las artes mágicas de algún sabio encantador. De pronto, la barra metálica cambiaba el color de su luz, que se trocaba en verde, y los coches se ponían en marcha con una rapidez asombrosa. Observando estos movimientos, Miguel dedujo que las paradas de los carruajes ante la luz roja tenían la función de permitir el paso a los viandantes, que esperaban a ambos lados de la calle el momento propicio para cruzar, que, además, coincidía con la iluminación de una esquemática figura humana, en color verde, que también brotaba del poste vertical. A Miguel le resultó complicada la vida de estas pobres gentes en esta España rara del siglo XXI.

Cuando llegó a la estación del ferrocarril pudo comprobar que se trataba de un edificio grande que conducía a lo que se llamaba andenes, un espacio que le resultó hostil,

en el que unas zanja profundas cobijaban los carruajes, larguísimo y de color blanco, con unos ventanales enormes pero muy oscuros, que a duras penas permitían ver su interior. Curioseando por el lugar encontró carteles con imágenes de colores y grandes letras, en los que se podía leer la inscripción: “Tren de Cervantes”. Empezó a dudar de que hubiera algo en España (o, al menos, en Alcalá) que no llevara su nombre o una referencia a éste. Sinceramente, se sentía halagado y, aunque no entendía mucho ese tiempo tan extraño en el que ahora se encontraba, le resultaba muy gratificante que, tantos siglos después de su muerte (pues él era consciente de que este presente era una “no vista merced” de los cielos) su obra y su persona fueran tan importantes y tuvieran un reconocimiento como el que él mismo estaba constatando.

Por fin subió al tren que debía llevarle a Madrid cuando oyó una voz misteriosa que parecía venir del techo de la estación y que advertía a los viajeros de que faltaban pocos minutos para su partida. Al ponerse en marcha el carruaje, Miguel sintió algo de miedo, ya que no sabía quién ni cómo manejaban ese vehículo en el que los pasajeros iban cómodamente sentados, algunos leyendo un libro, otros mirando por las ventanas, otros con unos enormes papeles, mayores que un infolio que, al parecer, también eran para leer y que se componían de un buen número de hojas sueltas, con muchas letras de diversos tamaños y unos dibujos tan perfectos que Miguel no daba crédito a lo que veía. Sus títulos eran enigmáticos, con letras muy grandes: *El País*, *ABC*, *El Mundo*... A los pocos minutos de partir, el carruaje alcanzó una velocidad que obligó a Cervantes a agarrarse con disimulo al asiento, ante el temor de que cualquier eventualidad diera con él en el suelo.

No era Miguel un hombre de mente cerrada, pero por mucho que quisiera imaginar que había progresado la humanidad en esos cuatro siglos, no dudó de que la máquina que le puso en Madrid en poco más de media hora, tenía tal vez algo de encantamiento. Involuntariamente pensó en Urganda la Desconocida y en el mago Merlín, y en lo mucho que se había burlado de los encantamientos en los que creía don Quijote.

Lo que llamaban Madrid en esta época, resultó ser una ciudad de edificios enormes, tan altos como jayanes, con muchas ventanas iluminadas, en la que abundaban los postes metálicos con luces rojas y verdes que se detuvieran los coches y avanzaran las personas, miles de personas que parecían tener mucha prisa y que llenaban las calles de un lugar que le resultó ajeno y que, a su entender, no se parecía nada a lo que él recordaba que era la corte de los gloriosos Austrias. Los coches, a cuyo aspecto y velocidad ya se había acostumbrado Miguel, se contaban por centenares y emitían todo tipo de ruidos desagradables, al tiempo que expulsaban humos malolientes. Algo horrible. Anocheceía en ese Madrid de pesadilla y las calles se iluminaban misteriosamente, con unos largos postes en cuya parte superior brillaba una luz que resultaba imposible saber cómo se había encendido. La noche era fría, y Miguel decidió buscar un figón para cenar y una posada donde dormir: quién sabía qué ocurriría cuando amaneciera el nuevo día; tal vez hubiera perdido el don que ahora tenía, como les pasó a sus perros Cipión y Berganza. Grandes cartelones que pendían de los postes luminosos anunciaban una exposición sobre la vida cotidiana en tiempos de Cervantes. *A fe mía que empieza a ser cargante tanta insistencia*, pensó Miguel, mientras entraba en un local muy iluminado donde, al parecer, daban comidas. Miró el rótulo que declaraba su nombre y leyó: “McDonald’s”; por todos los

rincones del lugar, grabados con la imagen de unos bollos redondos que contenían un manjar que muy bien podría ser carne.

Por la mañana las calles estaban aún muy concurridas, y el viento de la sierra seguía dejando frío el rostro en este noviembre del siglo XXI, en el que Miguel vivía fuera de toda lógica. Según volvía a la estación del tren recordaba los últimos acontecimientos del día anterior: la cena extraña en aquel figón con nombre inglés o irlandés, que él mismo tuvo que llevar hasta su mesa en una bandeja de un raro material, tras esperar infructuosamente que alguna moza le atendiera; la noche en aquella cama dura del hotel (así se llamaban en este siglo las posadas); la omnipresencia de su nombre y el de don Quijote, por todas partes, muchas veces concentrados en un símbolo muy repetido que consistía en un aspa grande, bajo la cual aparecía la inscripción: "QVI- / XOTE IV CENTENARIO", y que lo mismo se podía encontrar en el lomo de un libro, en una tienda de ropa o en una carnicería. Espantado por tantas referencias a su obra, Cervantes consideraba que el *Quijote* debía de ser la lectura preferida de los españoles del siglo XXI, lo cual, al tiempo que le agradaba, le dejaba un tanto perplejo.

Durante la noche había decidido que, a la mañana siguiente, partiría hacia Toledo, urbe que quería visitar antes de que se le acabara el don del que disfrutaba, con la esperanza de que no se hubiera transformado, como Madrid, en un lugar espantoso, pero con el miedo inevitable de que así fuera: ya había visto también Alcalá, con esas calles tan anchas, llenas de coches. Nada hacía pensar que Toledo fuese distinto, pero Miguel necesitaba reencontrarse con algún lugar que mantuviera algo de la antigua imagen que él

guardaba de la realidad: Madrid le había asustado, tan grande, tan caótico, tan apresurado... Le parecían imposibles las tardes placenteras del Retiro o las caminatas por las calles del centro, tranquilas en su tiempo, a pesar de que siempre la Corte fue un lugar muy concurrido. Los símbolos del siglo XXI, que él intentaba asimilar con la certeza de no estar viviendo en su tiempo, le producían una extraña intranquilidad, un desasosiego difícil de explicar. Sin embargo, todo lo miraba con interés, con asombro, con gusto, en la seguridad absoluta de vivir una situación privilegiada, algo que habría hecho las delicias de cualquier hombre de su tiempo y que, sin duda, haría también las delicias de los que ahora vivían en el siglo XXI: pasar unas horas en otra época.

En la estación del ferrocarril se informó de los trenes que salían para Toledo, que recibían el poético nombre de ave y que, según le contaron, llevaban poco tiempo en funcionamiento. Le dijeron que eran trenes de alta velocidad, y a punto estuvo de quedarse en Madrid, pues si el tren de Alcalá le pareció muy veloz, éste debía de ser vertiginoso. No obstante, un viejo soldado de Lepanto no se acobarda ante nada, por mucho que pueda parecer cosa de encantamiento. Apenas tuvo tiempo de pensar, en los treinta minutos que tardó el tren en llegar a la "peñascosa pesadumbre", pero fue suficiente para que analizara la cena que le dieron, por poco menos de siete euros, en el figón llamado "McDonald's": una carne apelmazada, como un pastel, con verduras crudas y una salsa dulzona, de color rojo, que tendía a caérsele del bocadillo cada vez que intentaba morderlo; no tenía mal sabor, pero donde estuviera un buen filete de vaca, que se quitara esa hamburguesa (así le dijeron que se llamaba el pastel de carne). Pero lo peor fue la bebida, una pócima casi negra, con burbujas, dulce y fría, que producía un cosquilleo en la

boca y luego se evaporaba, y que le sirvieron en un vaso que parecía de papel y llevaba flotando unos trozos de hielo, según pudo ver cuando quitó la tapadera que cubría el recipiente para observar el aspecto del bebedizo. ¡Qué tiempos tan raros!

Poco antes de que el tren rápido llegara a Toledo, Miguel pudo leer, en una de esas hojas grandes que solían llevar los viajeros y que sostenía enfrente de él uno de estos, un mensaje con grandes letras: “Una gran mayoría de los españoles confiesa que no ha leído nunca el *Quijote*”. Y luego, con letras un poco más pequeñas, añadía: “Según un estudio el nivel medio de lectura en España no alcanza la proporción de un libro cada tres meses”. Se dio al diablo al ver la noticia, porque entonces le resultaba más extraña aún toda la máquina que parecía haberse construido en torno a él y a su obra, y para remarcar más el absurdo que empezaba a percibir, al bajarse del tren se fijó en algo que no había visto al subir: en el exterior del carruaje aparecía pintada la malhadada aspa con su insistente inscripción, y, al lado, un dibujo extraño que, a todas luces, representaba el rostro de don Quijote, de manera esquemática, pero siguiendo el patrón de otras muchas representaciones que ya había visto desde que se encontró de golpe en esta época ajena.

Con la cabeza confusa y un poco molesto por la sinrazón que se enseñoreaba de todo cuanto se relacionaba con él y con don Quijote, Miguel desembocó en Toledo: calles anchas, coches, postes con luces para regular el movimiento de estos... A lo lejos, desde la salida de la estación, se divisaba, no obstante, parte del perfil que él recordaba, aunque bastante transformado. Se dirigió hacia lo que él consideró que podía ser la parte antigua y, desde el puente de Alcántara, no divisó el Artificio de Juanelo, pero sí otros puentes, modernos, uno a cada lado, en la distancia.

Tras mucho caminar por unas partes y otras, adentrándose en las calles laberínticas, transitando la cuesta del Carmen (que ahora se llamaba de Cervantes) y comprobando que ya no estaba allí el mesón del Sevillano, enfrentándose a un Zocodover que le resultó muy diferente al de su memoria, Miguel terminó llegando a un lugar que se llamaba oficina de turismo, donde las gentes buscaban información sobre la ciudad. Entró y habló con una joven que le pareció muy bella y amable, y que le dio unas hojas impresas con mucho colorido en las que se leía: "Ruta de don Quijote". Miró con detenimiento los itinerarios marcados y constató que no tenían nada que ver con el recorrido de su personaje, que él, además, se había ocupado de que fuera bastante impreciso. Le disgustó lo que veía, una vez más: ¿por qué tanto empeño con su libro si casi nadie lo leía, según el papel grande que leyó en el tren?, ¿por qué, sin tener en cuenta lo que él escribió, alguien se había inventado una ruta y le había puesto el nombre de su personaje?

-¿Ha leído vuestra merced el *Quijote*? -preguntó entonces Cervantes a la joven que le había atendido.

Esta, extrañada por la manera en que se había dirigido a ella, contestó:

-Pues la verdad es que no. Tengo muy poco tiempo y, además, no me apasiona leer..., aunque algún día quiero leerlo. Por cierto, se parece usted a Cervantes; ¿nunca se lo han dicho?

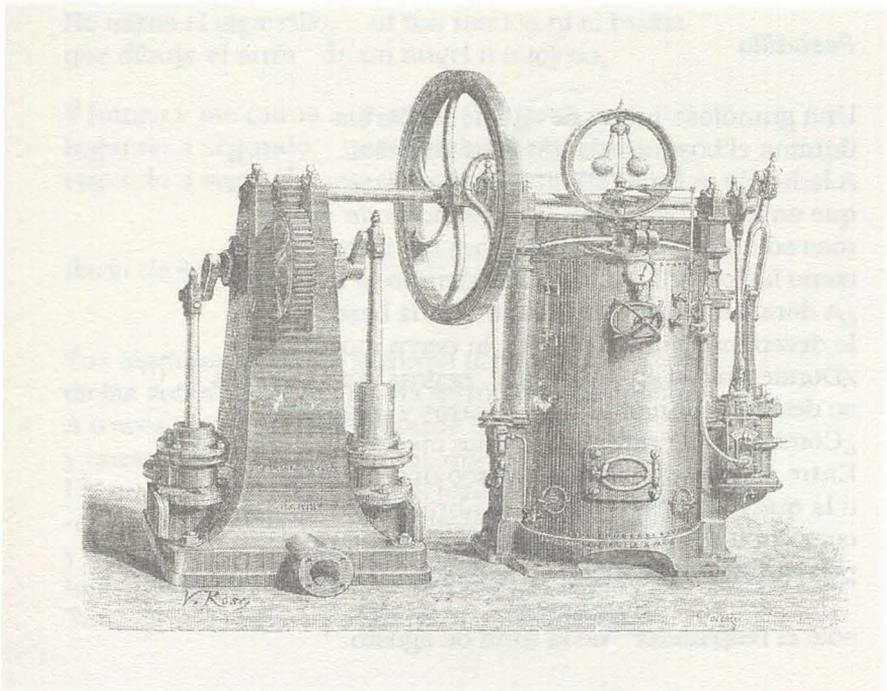
-Es que yo soy Cervantes, buena mujer, y a fe mía que no entiendo este tiempo absurdo en el que se celebra por todo lo alto algo que se desconoce, un libro que nadie lee. Es un tiempo de locos.

Y dicho esto, Miguel salió de la oficina de turismo, dejando a la joven extrañada y perpleja. Ya en la calle, parado frente a la puerta de Bisagra, cerca de la que unos carteles

que pendían de los postes que se iluminaban por las noches anunciaban una exposición sobre alimentos y comidas en el *Quijote*, no pudo menos que exclamar, en medio de la más absoluta ira:

-¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza, y que diera mil euros por describilla!

Y comenzó a caminar sin rumbo, con la esperanza de que se acabara pronto esta “no vista merced” de los cielos que pasaba “de los términos de naturaleza”, y pudiera así despertar de la pesadilla futurista llena de incongruencias en la que vivía. Varios transeúntes que pasaban a su lado lo miraron con recelo al oírle gritar y, disimuladamente, se apartaron de él.



José Manuel Lucía Megías

Luna de Agosto

Pesadilla

Una grandiosa luna de agosto, soberbia
ilumina el bosque de miradas de deseo.
A la luz de la luna tu cara es la máscara
que en sus labios dibuja un *escucha la noche*,
mas sólo el aullido de los lobos me llega,
como las pesadillas vuelven siempre a tu nombre.
¿A dónde escapar si el tacto de tus besos
lo deseo más que el aire de la tierra mojada?
¿Dónde huir si en las nubes negras bajo mis pies
se desatan tormentas de abrazos y relámpagos?
¿Cómo huir de esta cárcel que me endulza el aliento?
Entre sombras y silabas busco una imagen
a la que aferrarme, a la que abrazarme
como una columna en medio del recuerdo,
pero no hay imágenes en tus ojos, ninguna:
sólo el resplandor de la luna de agosto.

fumador

Enciendes un cigarro de miradas de agosto.
Y el aroma del humo del deseo me inunda,
al tiempo que un espejo de volutas inventa
el reflejo azul de una inútil sonrisa.
Y fumas respirando un verano de esquinas,
un verano abierto entre las aceras sin nombre.
Y entonces no hay más boca que tu sedosa boca
si acechante se acerca a tu boca el cigarro;
una provocación de miradas de humo,
una provocación de nocturnos silencios
y de amortajadas cenizas en el suelo.
No miras el cigarrillo, ni tus manos ni el humo
que dibuja el aura de un ángel malicioso.

Y fumas y me miras... y como el cigarro
segundo a segundo, que agoniza en tu boca,
segundo a segundo, yo me voy consumiendo.

lluvia de agosto

Tus lágrimas poseen la forma acrisolada
de las gotas de lluvia en las tormentas de agosto.
A través del espejo de la tarde te miro
y enciende tu sonrisa el sol, que es la mía.
En un momento cierras las lunas de tus ojos
-dos negros nubarrones se acercan por la puerta-
y un alud de miserias te recorre la cara
inundando de estrellas diminutas el suelo.
Tus lágrimas caen por barrancos del deseo

como suenan campanas en torres sin cigüeñas.

No hay agua suficiente para calmar el incendio
que abrasa por momentos tu corazón de agosto.

calles

Las solitarias calles de esta ciudad de agosto
repiten como un eco tu nombre de pisadas
entre los muros huecos de mi eterno andar.
En el gris horizonte de la calle Santiago
se intuyen las voces de una radio nocturna:
los únicos sonidos que permanecen vivos
en la prisión de agosto, que está agonizando
en camas sin enfermos, hospitales cerrados
y gatos que maúllan entre bolsas de plástico.
A lo lejos se encienden de improviso dos faros
y sueño tu mirada, con tus ojos de gato.
Esta noche tu cuerpo da nombre a la calle
que recorro sin prisas, y el eco de mis pasos
me recuerda que aún laten los corazones.

... el mío con el deseo de volver a pasearte,
de cerrar con mis besos las grietas de tu asfalto.

tormenta de verano

De improviso se envuelve la ciudad en la luz
negra de los atascos que conquistan la noche,
mientras van despertándose las farolas nocturnas.
La ciudad se ahoga entre gotas de lluvia
y las alcantarillas vomitan telarañas
de moscas disecadas con trajes de domingo;
y un espejo de lava se desliza hacia abajo;

a lo lejos relámpagos quiebran el horizonte.
La ciudad se ahoga en el grito de un trueno.
Tú estás lejos, tú, tú demasiado lejos;
más allá de las gotas que van y van cortando
las líneas paralelas de mis ojos de agosto.

Perros

Y ladran en sus celdas los perros de la angustia
más allá del cobrizo mundo de las paredes,
y las puertas se abren esperando a un amigo
y se abren las ventanas como un guiño al aire.
Los muros de las celdas de los perros sin nombre,
las mudas telarañas de segundos y de horas
de este maldito agosto que no me deja verte,
alzan la geografía ansiosa de tu nombre;
y así voy deshojando una a una tus sílabas,
esas que a la noche, como gotas de lluvia,
se caerán resbalando una a una por mi cuerpo,
esas que están ausentes de las eternas horas

que no desean ni quieren devolverme el aliento.

Fantasma

Esta tarde me pides que te hable de amor
con susurros de labios en medio del recuerdo.
Me dices esta tarde: Háblame de amor,
engáñame de nuevo y dime que aún existe.
Tu cíclope me mira y río al no verte
de lo cerca que estás de decirme mentiras.
Te acercas con sigilo al caer todas las tardes
y me tientas con voz de cobre y de miel seca.

Háblame de amor, dime que aún me amas,
dices sonriendo mientras dejas caer por sorpresa
en mis manos tu sábana de eternas telarañas.

amanecer en la playa

Arriban a la playa las olas de tu voz
acariciando el mar en el que hace horas
vimos surgir la luna de sangre de tus ojos.
Ahora sólo el rumor queda de tu recuerdo
y te imagino en olas de deseo hasta la arena
que acarician mis pies como el agua caliente
en la que te recuerdo y en la que me sumerjo.

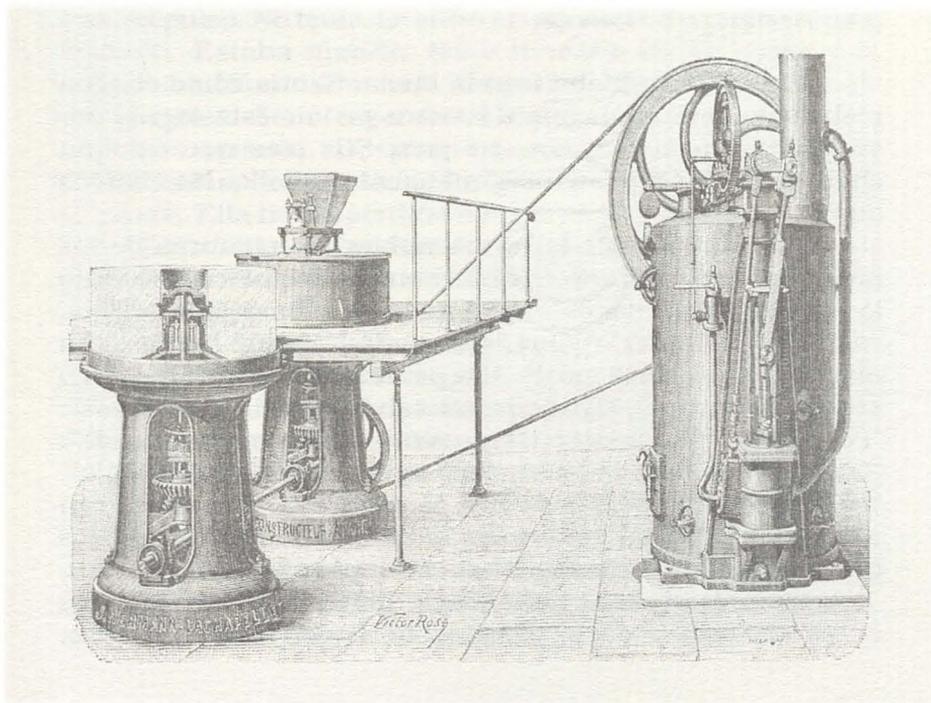
silencio

En la profundidad del silencio nocturno
que va marcando el ritmo del goteo de las venas,
se oyen como espejos los ecos de tu nombre.
Una olvidada barra en un bar olvidado,
un sol de telarañas en medio de la noche
y en la profundidad del único silencio
tu nombre, el agosto que da nombre a tu nombre,
se confunde tembloroso con mis tristes latidos,
con la melena rubia de los vasos de whisky.

torturas del adiós

Ha llegado septiembre con su otoño prematuro
cubriendo las aceras de mil hojas suicidas
como un cruel semáforo que anuncia el adiós.
Aún cantan los pájaros encima de los árboles,
pero son las cigüeñas las que cortan el cielo

en su huida inevitable hacia las torres del sur.
Aún una vez más nos veremos, la última
en la luna de agosto antes de extraviarse
en el negro abismo de lejanos espejos.
Son las horas que quedan de la circunferencia
tiras de piel ansiosa arrancadas sin miedo.
Son tan lentas las horas, tan lentos los segundos,
los recuerdos tan lentos que temo que me encuentres
a la noche desnudo, en carne viva muerto:
corazón que soporta torturas del adiós
en el deseo pacífico de tu cuerpo de agosto.



Reyes Santiago Ostos

Estrella

Estrella caminaba bajo la lluvia. Sentía cómo el agua resbalaba por su pelo hasta su cara y cómo ésta seguía por su cuerpo hasta llegar a sus pies. Sus pies que estaban chorreando y se metían insistentemente en todos los charcos que encontraba.

En sus oídos todavía resonaban las palabras de los presentes en el velatorio. “Era un hombre magnífico”. “Cuánto lo vas a echar de menos”. “Qué sola que te ha dejado”. “¿Qué vas a hacer ahora?”. “¡Qué buen padre!”. “¡Qué hombre tan magnífico que perdemos!”. “La pérdida es irreparable”. “Lo sentimos mucho”. “Querida no sabes cómo lo sentimos”. “Pobrecita”. “No nos escucha, está todavía conmocionada”. “Claro, ha sido tan repentino”. “Y es tan fuerte esta pérdida”. “Después de lo que pasó con la madre”. “Y estaban tan unidos”.... Muchas más cosas le habían dicho en aquellos dos interminables días que había durado el velatorio.

Estrella recordó todo lo que había pasado. Dos días antes al llegar a casa, después de hacer unas compras,

encontró a su padre dormido en el sillón de la sala, como siempre, a esas horas en cuanto se sentaba y ponía la televisión se dormía hasta la hora de la cena. Se marchó hacia su cuarto. Dejó allí lo que había comprado y se marchó a la cocina. Era ya hora de preparar la cena. Cuando hubo terminado fue a la sala a poner la mesa. Su padre seguía en la misma postura. Una vez que estuvo ya la cena en la mesa habló a su padre. No se despertaba. Se acercó para llamarlo tocándolo en el hombro. Al hacerlo, la figura paterna cayó hacia el lado derecho de su cuerpo. El libro que sostenía en sus manos cayó al suelo al caer sus brazos a lo largo de su cuerpo. Estrella saltó hacia atrás. Se llevó una mano hasta la boca pero no chilló. Se acercó de nuevo a su padre y le tomó el pulso. No tenía. Le abrió un párpado. Su pupila estaba dilatada. Estaba muerto. Soltó la mano de su padre y se dirigió al teléfono. Con toda naturalidad llamó al servicio de emergencias. Se lo esperaba. Llevaba tres años esperando que esto pasara. Después. Carreras por parte de las emergencias, de la policía, de los vecinos, de los amigos de su padre. Ella había perdido a todos sus amigos. Su padre no la dejaba tenerlos. Más tarde, toda la parafernalia del velatorio y del entierro. Ahora todo había terminado. Por fin. Ahora era libre. “¿Qué va a ser ahora de tu vida?. Con lo solita que te quedas” Había oído a alguien preguntarle. Ella no respondió. Se limitó a levantar la vista y hacerse la distraída. “Bastante tenía la pobre como para responder tonterías”. Otros se preocupaban de responder por ella.

Seguía con la vista perdida por las calles interminables de la ciudad y bajo la lluvia. Volver a casa. Es lo que tenía que hacer. Volver a casa. Ahora era libre. Libre. ¿De qué le servía? ¿Para qué quería ser libre? Su padre se había encargado de destrozarle la vida incluso después de muerto. ¿Qué iba a hacer con su libertad? ¿De qué le servía?

Estrella se encaminó hacia su casa. Estaba lejos pero no importaba. Ahora tenía todo el tiempo del mundo. Recordó ahora la muerte de su madre. Lo poco que podía recordar. Estrella tenía apenas ocho años cuando murió su madre. Todo fueron lágrimas y lutos en su casa desde el día en que murió su madre. Durante el día ella estaba en la escuela. Cuando regresaba por la tarde, la sirvienta no paraba de llorar hasta que llegaba su padre. Después de cenar, Felicia se iba y la oscuridad dejaba paso a la claridad del día. Cuando se acercaba la hora de acostarse Estrella temblaba. Temblaba todas las noches porque sabía que después vendría esa sombra negra hasta su cama. Que esas manos grandes acariciarían su cuerpo y ese dedo entraría en su interior. Eso duró hasta que cumplió los quince.

En su decimoquinto cumpleaños sólo estuvieron su padre y Felicia, todavía estaban de luto. No tenía amigos, solo compañeros de clase a los que su padre no permitía la entrada. Los amigos, su padre se había encargado de asustarlos y echarlos. No necesitas a nadie. Me tienes a mí. Cuando llegó la hora de acostarse, su padre no la dejó, como todos los días. Hoy no. Ya eres mayor. Ocuparás el lugar de los mayores. Se la llevó tirando de su mano hasta el cuarto que compartió con su esposa. La desnudó y la colocó con mucha dulzura sobre la cama. Se desnudó. Ponía sus manos sobre el cuerpo de su hija. Como todas las noches. Pero esta vez no se contentó con meter sólo sus dedos. Esta noche fue su pene el que se introdujo en las profundidades de la vagina de su hija. Estrella gemía pero no osaba gritar. Había aprendido que no podía gritar y mucho menos llorar. Una vez que su padre había terminado aquel juego, como él lo llamaba, la mandó a su cuarto. Estrella, siempre obediente, se marchó, pero no a su cuarto, sino al baño. Allí, debajo de la ducha podía llorar todo lo que quisiera.

Había terminado sus estudios de Filosofía, para nada. Su padre no la dejó trabajar. Para qué. Tienes todo lo que necesitas aquí. Ahora tenía cuarenta y cinco y seguía igual en su casa cuidando aquel cuerpo que hacía tres años se quedó casi paralizado por culpa de la apoplejía. Sin amigos, sin familia, ni siquiera le quedaba ya el refugio de Felicia. Felicia pasó a mejor vida hacía ya diecisiete años. Su padre seguía encargándose de que no tuviera amigos. ¿Pretendientes? Ni soñarlo. Todos buscan lo que hacemos por la noche. Y ellos no te comprenderían como yo. No, no necesitas a nadie y nadie puede saber lo que pasa en casa. Es un secreto. Un secreto guardado desde los ocho años.

Al principio Estrella no sabía ni comprendía lo que significaba aquello. Cuando fue creciendo y aprendiendo, comprendió lo que pasaba con aquel secreto. ¿Hablar? ¿A quién? Nadie la creería. Su padre se había encargado de crearse una reputación intachable. Era imposible que Don Manuel, el gran psicólogo, fuera capaz de hacer algo así. Estrella, además, desde que murió su madre, estaba en tratamiento por la gran depresión que sufrió. Ya se encargó él de prepararlo. Por eso no podía tener amigos. Era peligrosa. ¿Quién no iba a creer al eminente psicólogo e insigne profesor de la universidad? No, no tenía posibilidad de que nadie la creyera. Mejor callar y seguir resistiendo.

Pero ahora ya todo había acabado. Ahora era libre para hacer de su vida lo que quisiese. Eso es lo que pensó cuando vio, allí, tendido en la camilla, el cuerpo sin vida de su padre. Ya se lo habían llevado y ella se disponía a salir hacia el tanatorio después de haberse puesto el riguroso luto. Sonó el timbre de la puerta. Al abrir se encontró con el ayudante de su padre en el gabinete de psicología. No se extrañó de verlo allí. Vendría a darle el pésame. Necesitaba verla. Traía unos papeles importantes. Pasaron al despacho. El ayudante,

¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! ¡Felipe! Le estaba presentando unos informes médicos que su padre le había confiado antes de que le diera la apoplejía. Estrella no sabía de qué le estaba hablando. Felipe le explicaba que su padre estaba muy preocupado por su salud mental. No creía que su pobre hijita soportara su muerte, ya que no estaría él para cuidarla, como hizo cuando murió su esposa. Estrella no salía de su asombro. Así que había dejado instrucciones estrictas sobre lo que se debía hacer una vez que él hubiera muerto. ¡Querían internarla en una institución para perturbados mentales, que es lo que era ella. Estrella no osó protestar. Sería peor. Se sobrepuso y le preguntó al tal Felipe que si la dejaría ir al entierro de su padre. Por supuesto. Todo esto se hará una vez que haya terminado todo. Habrá que esperar unos días. Pero claro no podría quedarse sola, estaría acompañada por una enfermera hasta el momento de su ingreso.

Estrella se levantó. Su padre se había encargado de robarle su vida de nuevo. Se dirigió a su cuarto. Recogió su bolso y guardó su diario. El único que la había escuchado y creído en todos estos años. Se dirigió de nuevo al despacho. Estaba preparada y dispuesta.

Durante los dos días que había durado todo, siempre tuvo a su lado esa enfermera que le habían asignado. Estrella no hizo ni dijo nada en todo este tiempo. Cuando ya todo había terminado pidió irse a casa. Cuando estaban parados en un semáforo, Estrella aprovechó, se bajó del coche y salió corriendo del lugar antes de que los que la vigilaban reaccionaran. Conocía aquellas calles y las tiendas que había en la zona. Le fue fácil darles esquinazo a sus perseguidores. ¿Pero ahora qué? No tenía a quién ni dónde acudir. Se dedicó a caminar por las calles.

Seguía caminando bajo la lluvia. Estaba frente a su casa. En las ventanas se veía luz. No podía volver ni a su

casa. Allí la estaban esperando para llevarla a ese lugar que había preparado su padre. Se volvió a marchar bajo la lluvia. Llevaba mucho tiempo andando. Estaba cansada. A lo lejos vislumbró un cartel. Era un hotel. Llegó hasta el hotel. Entró y pidió habitación. No hubo problemas, todavía llevaba dinero y enseguida le dieron acomodo en una acogedora habitación. Una vez que se hubo duchado, se metió en la cama, desnuda. Esta noche no vendría la figura negra a tocarla. Estuvo contándole a su diario los últimos acontecimientos. Se rebulló en las sábanas cuando hubo terminado.

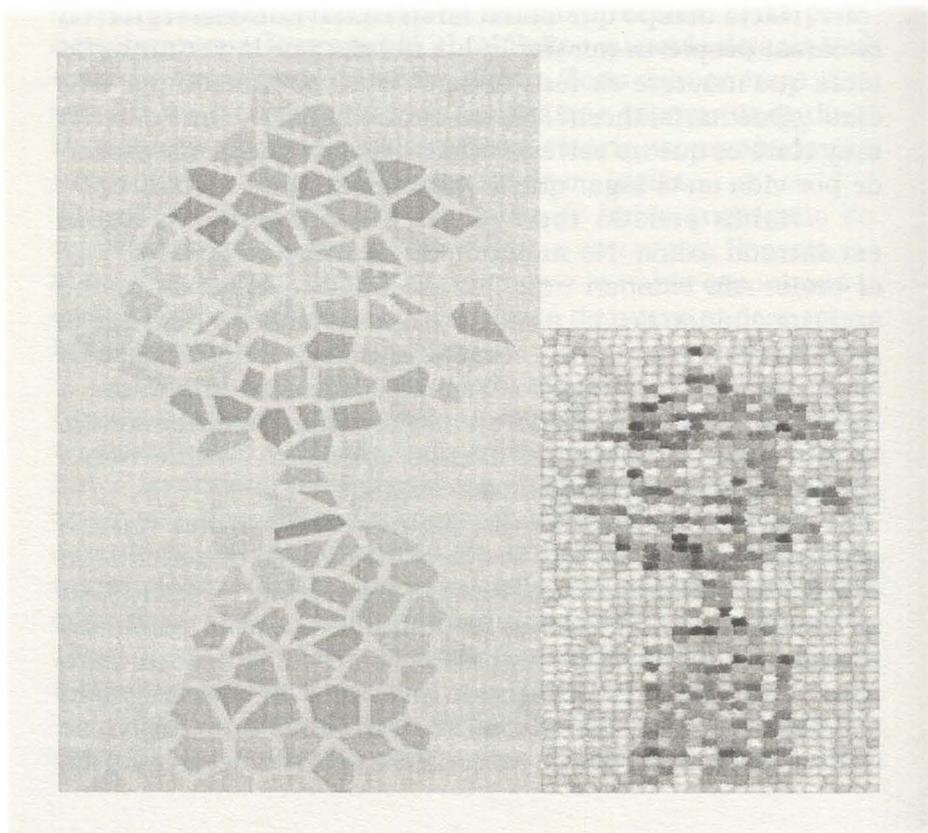
Hacía tiempo que había amanecido. Estrella seguía en la cama, despierta miraba la luz del día por la ventana. No tenía que moverse en todo el día. Tenía habitación por tres días. ¿Qué haría ahora?. No sabía qué hacer. Lo que sí tenía muy claro es que no volvería a su casa para que la ingresaran de por vida en el lugar que le había preparado su padre.

Había pasado todo el día en la cama. No había encontrado salida. No había modo de huir. Se levantó. Fue al baño. Allí estaban aquellas cuchillas que vio la noche anterior cuando llegó. Las cogió. Tapó la bañera y dejó que el grifo corriera hasta que estuvo a la mitad. Se introdujo en ella. Volvió a abrir el grifo. Ya había decidido lo que iba a hacer. Se lo había contado a su diario, esa era la única salida, la única forma de que el mundo conociera lo que había pasado. Y ahora estaba allí, haciéndolo.

La encontraron al día siguiente. No hubo mucho problema en reconocerla. Felipe se hizo cargo de todo. Se lo esperaban cuando desapareció. Ya lo había advertido su padre. El diario de Estrella estaba allí, sobre la cama. La policía se había hecho cargo de él, pero como era un claro caso de suicidio no tenía sentido investigar. Se lo entregaban a Felipe. Lo miró con asombro. No sabía que estuviese escribiendo ningún diario. No consta en el informe. Lo guardó.

El diario de Estrella no fue abierto. Felipe lo depositó en una caja junto a su informe médico y fue colocado en el depósito del fichero. El gran don Manuel Márquez, insigne psicólogo y profesor, consiguió que su secreto se mantuviera en silencio.

Una escueta crónica en el periódico diario del día siguiente daba la noticia. "Ante la imposibilidad de ser capaz de sobrevivir a la muerte de su padre. La joven Estrella Márquez se suicida en un hotel".



Vanessa Jiménez García

Entre dos abismos: erótico y fantástico.

Ustedes deben saber algo. Quiero advertirles de algo, a mi juicio conveniente, sobre lo que van a escuchar. Quiero que comprendan algo, sin lo cual no puedo, no debo, iniciar estas páginas. Es lo siguiente: la forma que adoptará este escrito es la del planteamiento, o pregunta sin respuesta, si se quiere. A mi gusto, la de la mirada. Lo que quiere decir que quedan excluidos conceptos tales como *definición, exhaustividad, conclusión o clasificación*. Es importante partir de estas premisas. Es necesario, ya que el tema seleccionado, por su amplitud, y aún más por su misma naturaleza (me inclino a creer) no se ha prestado a un análisis esclarecedor. Muy al contrario me ha descubierto más zonas oscuras que luminosas, y de una forma paradójica han sido aquellas primeras las que han resultado ser más iluminadoras.

Me propongo, por ello, mostrar ciertas partes oscuras, esos planteamientos que decíamos. Servirme de los textos como espejo en el que capturar brevemente las miradas. Usar este espacio como teatro en el que desfila, para censura o

aprobación de ustedes, alguna de las intuiciones que me animaron al tema. Intuiciones que , después de haberlo cercado, asediado, sin permitírseme jamás el acceso a su centro más íntimo, se convirtieron en lo único capaz de rescatar de este desquiciante trabajo.

La hipérbole de los límites

La primera intuición que podemos tener de lo erótico en relación con lo fantástico es la fuerte vinculación que existe entre dos instintos básicos: *Eros* y *Thanatos*.

Bataille intuye que dicha vinculación se basa en el hecho de que en esos dos principios básicos se da un cambio del ser discontinuo a la continuidad del ser. Un cambio que implica la ruptura de las diferencias en un deseo de acercarnos al todo, a la plena fusión y confusión que es la eternidad, a lo que implica la abolición del límite. Ahora bien, el mismo autor establece una diferencia en este punto: en el caso de la muerte el paso es definitivo, en el erotismo es equívoco. “ La fusión nunca es conseguida – dice él en *El erotismo o el cuestionamiento del ser* – y la mayoría de las veces la violencia se desencadena sin renunciar a la fusión. El abrazo amoroso es ambiguo [...] : tiende a mantenerse en esa ambigüedad, tiende a volverse interminable un instante suspendido donde nada está zanjado, donde a pesar de la lógica formal *a* es lo mismo que *no a*, aunque cuando *a* siga siendo distinto de *no a* “. Y dice aún más : “el acto erótico pone en juego dos seres discontinuos con nostalgia de la continuidad perdida”.

Admitamos entonces que esta indeterminación, esta ambigüedad, esta confusión del ser se da en lo erótico, lo caracteriza, y también se da en la muerte, solo que aquí de manera definitiva.

Volvamos ahora la mirada sobre el texto fantástico. Como ejemplos recordamos el cuento de Maupassant, *La cabellera*, de 1884, y el cuento del modernista Clemente Palma, titulado *La granja blanca*, de 1913. En ambos la amada pertenece a otro plano, el de la muerte: en un caso, quizás mediante metempsicosis metonímica (en esa escalofriante y atractiva cabellera) la mujer se hace presente, de algún modo, en el plano de la vida. En el segundo, de una forma más alarmante, pues en principio no se produce ningún cambio brusco, el lector finalmente debe suponer que en un momento de la narración la protagonista falleció , descubrimiento que comparte con el amante y al que ni uno, ni otro pueden dar crédito.

De cualquier modo el texto fantástico va a introducir una perversión: en ambos casos el objeto erótico es el fantasma. El muerto, el que había vuelto a la continuidad del ser, regresa pero sin dejar de ser eternidad, ser finito y por tanto reintegrado a la infinitud, se entrega en sus líneas definidas y definitorias, que son acariciadas por el amante, palpable entonces. Se entrega, digo, al acto erótico que pone en juego dos seres con nostalgia de su continuidad perdida.

¿ Seres discontinuos? ¿ No es el muerto ya continuidad? ¿ De qué continuidad perdida puede tener nostalgia el fantasma? Y sin embargo, ¿ no tienen esos fantasmas carne, no pueden ser penetrados de nuevo, perder esa barrera que los hacía impenetrables?

¿ Podemos decir que en el texto fantástico copulan conceptos de la indefinición que acaban generando de forma monstruosa una hipérbole de lo ilimitado?

La identidad anulada

La visión de lo erótico como terreno que permite vislumbrar

la continuidad perdida, el origen del que viene el ser, franquea el paso a su contrario : la búsqueda del yo.

Ante esto Bataille dice que “ el ser humano equivale para el amante, para el amante solo, sin duda, a la verdad del ser”. El Eros conduce a un encuentro : ¿ con quién?, ¿ conmigo?, ¿con todo?, ¿ con ese todo que soy o que fui yo?

Octavio Paz para explicar ese movimiento recurre en *La llama doble* al mito de los andróginos. Se mire como se mire, a pesar de que la cópula es pérdida de una conciencia cerrada, es abandono de sí, no puede dejar de ser por ello anhelo de completarnos, de encontrarnos en esa pérdida, de hallarlo en el otro. Como Narciso, nos miramos en un espejo, y , a diferencia de éste, a la vez que nos devuelve nuestra imagen nos convierte en reflejo.

En el texto fantástico esto puede cargarse aún de mayor ambigüedad. Todos recordamos el cuento de Carlos Fuentes, *Aura*. El señor Montero se ve atraído por la protagonista, Aura. La atracción que siente es el deseo de un ser que a la vez es reflejo de otro: este personaje no es un espejo sino una galería de espejos. Por medio de ese ser doblado o desdoblado que es Aura con respecto a Consuelo, se introduce un juego de metamorfosis: a medida que Felipe va poseyendo a Aura, en distintas visitas de la muchacha, descubre la identidad de ésta, ser doble de Consuelo, o de la juventud perdida de Consuelo; y del mismo modo, en una espiral de mutaciones, él mismo parece ocupar el lugar de otro ser que regresa del pasado, o de la muerte incluso, el del marido de Consuelo.

En los sucesivos encuentros amorosos el rito erótico (que además aquí constituye efectivamente un rito) no conduce a un encuentro del yo en el otro, sino a una multiplicación del yo y del otro, en distintos seres que son sombras, a su vez, de otros: Aura de Consuelo, Felipe del general Llorente...

¿ Es posible decir que aquí el amante en lugar de encontrar su identidad en Aura, la pierde? ¿ O es que no hay identidad ninguna finalmente?

El rito del exceso

La mirada se dirige ahora a aquellos textos que ahondan en la tradición del horror sádico. Textos que atraen por su dificultad de comprensión y por llevar a extremos la unión de los opuestos.

Una de las definiciones que da Bataille del erotismo es como elemento de trasgresión. En su teoría del interdicto, afirma que se produce siempre un movimiento contrario de fascinación por lo prohibido, que es lo que introduce la trasgresión.

La trasgresión supone una honda de desbordamientos, de supresión de barreras, superación de límites (de nuevo), un ir más allá: el exceso en definitiva. Y el texto fantástico , en tanto que texto de derroche, de desgaste, texto sin un fin, antipragmático, acoge esta definición del Eros de forma inmediata y establece una perfecta unión en la que otra vez se suman las ambigüedades. Se extrema, si es posible, el sin sentido.

Dice Paz, que todo lo erótico es sublimación o perversión de la sexualidad: la elevación de la pura animalidad al cielo o al infierno, pero siempre a lo trascendental. Tal es el caso, el del infierno, claro, de los textos de carácter sádico.

Pareja exótica, de guatemalteco y modernista Froilán Turcios, es un texto breve en el que un hombre y una mujer de la más sobria y elegante condición, llevan a cabo un morboso y sangriento juego de ataques en el corredor de un hotel, juego del que parecen disfrutar no solo la pareja sino la voz que lo narra. La falta de razón de los hechos, la

morbosidad que subyace en la risa infernal de la dama, ese espectáculo incomprensible de heridas que no parece conducir a nada, son manifestación constante de lo excesivo.

Podemos decir de este cuento, al igual que dice Bataille de Sade, que en casos así “ el aislamiento moral significa quitar los frenos”. “ Quien admite el valor del prójimo se limita necesariamente”, dice también. Es esto lo que nos da el sentido profundo del gasto y a la vez de la libertad total.

Por otro lado, en dichos textos sádicos (fantásticos o no) se halla también una vinculación con lo sagrado. “ Miramos estas escenas, leemos estos textos, como los espectadores silenciosos de un sacrificio, sufriendo esa sensación del horror, reminiscencia de lo ancestral y trascendente”, añade Bataille en la obra citada anteriormente.

En el caso del texto fantástico la falta de explicación es una exigencia: más allá de toda teoría, el texto de Turcios constituye un rito sin sentido, como aquellos que leemos en los que el fin se escamotea y solo queda el hecho en sí para ser observado. Es interesante que tanto lo que se nos narra , como el hecho de narrar, carezca de finalidad.

¿ Podemos concluir que en estos textos dos excesos se vinculan: el exceso de la escritura y el de la experiencia sádica? ¿ O es que algo tan aparentemente absurdo e incomprensible como la doctrina del Marqués encuentra un lugar perfecto en la libertad sin límites de lo fantástico?

Me detengo aquí, eligiendo la ceguera voluntaria, ante los agujeros negros que quedan en el tema. No vamos a seguir mirando, pero existe un terreno virgen , con espacios para ser mirados e incomprensidos: los lazos que establece el erotismo con multitud de motivos, que son preferidos por el texto fantástico. La religión, la brujería, el sacrificio, las prohibiciones, lo macabro, el mito ...Y en otro nivel, hay

mucho que estudiar en el lenguaje de lo erótico y el de lo fantástico, en el tratamiento de las figuras, sobre todo femeninas, etc.

Últimas palabras: el decir de lo indecible

Estas últimas palabras son casi un principio.

Alguien dijo que la noción de lo fantástico en Borges era doble: porque no solo quiere hacernos creer que lo fantástico es real, sino también que lo real es fantástico. Es cierto, y esto es una creencia personal, que nuestra realidad está poblada de nociones, visiones, seres y hechos en sí que coinciden con las definiciones que se han dado de lo fantástico. A pesar de nuestros intentos por racionalizarlos se caracterizan por su forma indeterminada y ambigua, por la imposibilidad de su expresión, de su comunicación con el lenguaje ordinario o con cualquier lenguaje.

Ante el éxtasis que produce el abrazo erótico o la entrega amorosa, solo cabe el enmudecimiento, como ante la contemplación del milagro. Paz apunta que en el caso de la poesía, la comunión comienza en una zona de silencio, precisamente cuando acaba el poema. Si alguna nueva vinculación puede establecerse con el texto fantástico, hágase.

Jesús Ortiz

Tríptico de esencias quijotescas

Siempre en su andadura

Van Alonso Quijano y Sancho Panza,
de nuestra paradoja encarnadura,
desplegando en los siglos su andadura
y manteniendo en alto la esperanza.

Sólo un frágil escudo y una lanza
y el sueño de su humana calentura
es suficiente, en su nobleza pura,
para hacerlo, andanza tras andanza.

Con su sencillo corazón va Sancho
mostrando el sabio, sobrio y fiel empeño
de su cándido sentido, hondo y ancho.

Y con su corazón y su alma ancha
y su noble mirada hacia el ensueño,
va siempre Don Quijote de la Mancha.

II

Anónimos caballeros andantes

Los malandrines de crueles chanzas
y los gigantes de perversa catadura
se cruzan siempre en nuestra singladura,
tan llena de peligros y asechanzas.

Mas cuando nos flaquean las esperanzas
y parece ganar la desventura
vienen a componer nuestra armadura
Don Quijotes e ignotos Sanchopanzas.

Pues en nuestra andadura cotidiana
seres nobles de depurada esencia
nos regalan su calidad humana.

y lo hacen de manera amplia y sencilla,
sin que se note a veces su presencia,
tornando cualquier tierra en su Castilla.
ignotos Sanchopanzas.

III

Un caballero de la mancha más

Con pies en tierra y vista hacia la altura
y a veces montado en sus quimeras,
domando con palabras a las fieras
va haciendo el caballero su andadura.

No mete a los gigantes en cintura;
su espada y armadura son ligeras:
¡pluma, tintero y hojas volanderas
para meter a todos *En Cultura!*

Así este caballero de La Mancha
persigue su alto sueño con afán,
con sentido de la belleza fino.

Y así su ánimo y los demás ensancha
con su ejemplo, su figura y ademán:
este es el quijotesco Jesús Pino.

NOTA. Es muy sencillo el esquema que he querido dar a estos atisbos en torno a las esencias quijotescas: Don Quijote y Sancho como encarnación paradójica de nuestra tendencia dicotómica: idealismo y realismo; la encarnación palpable de esas tendencias en tantas personas sencillas que se cruzan benéficamente en nuestras vidas; y finalmente, un ejemplo concreto de esas personas, de elegante modestia, que van dejando su positivo influjo a lo largo de su andadura cotidiana.

Manuel Quiroga Clérigo

Crónica de aves
(El viaje a Chile)

*«Los hombres oceánicos despertaron,
cantaban
las aguas en las islas, de piedra en piedra»*

Pablo Neruda: «Canto general».

Ediciones Océano, México, DF, 1950.

SALUDO

Pero ni adiós. Es que no pudo
remontar ciertos aires
el pequeño presente de homenaje*
que construí con citas de los versos
profundos que Neruda nos regaló
en aquella «tentativa del hombre» hoy finito,
Antes de que se hiciera realidad
la rubia primavera en el sur hemisférico
sucedieron los crímenes y el llanto**
sobre la inmensa, inocente y dura geografía.
Chile, Chile, la patria del poeta
fue asaltada por uniformes viles

y ardió de forma miserable. No la razón,
las armas destruyeron palacios, corazones,
familias, los senderos, los hogares, montañas.
Pero aún la Isla Negra siguió siendo
un universo limpio, algo así como un mito
para todos los hombres de buena voluntad,
una herida naciendo del poema.
Sabemos que Neruda,
el Neruda-patriota-hombre-verso,
llegó a sentirse solo cuando algunas
brutales amenazas anunciaron de forma terminante
que había llegado el tiempo de la rabia,
se iban acabando los tiempos del afecto,
de los amigos fieles y las rimas, que estaba feneciendo
la concordia, la paz tanto tiempo amenazada.
Y Neruda murió. Murió el hombre duradero
que había construido paraísos, escenarios de amor,
en medio de sus versos, en las páginas graves de los siglos.
Y por eso ahora sé que no pudo
ser talismán para los tiempos nuevos,
remontar mi homenaje ciertos aires
y llegar hasta el Chile de este mundo
y ofrecer a Neruda
mi saludo.

**Homenaje a Nerudaö, Comunicación Literaria de Autores, Bilbao, 1973.*

*** Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1.973.*

«Para el poeta la muerte es la victoria»

(Luis Cernuda).

POETAS EN ISLA NEGRA

*«Como si nunca hubiera sido mía,
dad al aire mi voz y que en el aire
sea de todos y lo sepan todos
igual que una mañana o una tarde».*

(Claudio Rodríguez)

La casa de Neruda en Isla Negra

Para Asela

En el reducto eterno la poesía huele.
Huelen las margaritas, huele la orilla, el viento.
Los pinares acuden a sostener el barco,
sorprendida morada de un marinero en tierra.
El poeta regresa de oscuros secretos,
de milenarios mundos donde no existe olvido.
No hay preguntas ni dudas en la dormida estancia;
resumen de la piedra, la lluvia y los senderos.
Entre las olas lloran margaritas intensas
el horrible silencio de lirio atormentado.
Están los mascarones subiendo de la playa,
la plateada espuma lamiendo las paredes
y una lengua de tierra inunda los geranios.
El horizonte, cerca, es azul y es perfecto
con hangares de niebla allí en la lejanía.
Aloe, piti-poro, los dientes de león, azucenas cautivas,
Hierbas breves, los cactus, pequeñas florecillas
van restaurando el tiempo, los recuerdos, la niebla.
Bandadas de gaviotas van navegando amables
por esas aguas claras, virginales, pacíficas.

Subes al dormitorio de Neruda y entonces
es como si la vida renaciera de nuevo
de todos los abismos repletos de fronteras:
el paraíso entra hasta la colcha blanca.
Un airecillo leve va azotando los árboles,
trae primaveras a los rincones limpios.
Mientras inquietas aves cruzan por las ventanas
la Isla Negra recibe visitas de poetas.

Isla Negra, 8.10.05.

*«... la casa navegante
llena de ojos de espuma...»
(Kony Villalobos)*

*«Ah vastedad de pinos, rumor de olas quebrándose,
lento juego de luces, campana solitaria,
crepúsculo cayendo en tus ojos, muñeca,
caracola terrestre, en ti la tierra canta!»*

Pablo Neruda: «20 poemas de amor y una canción desesperada»

Losada, Buenos Aires, 1944

EL HOGAR DE LOS VERSOS

Hay un pulso de piedra en la cabaña quieta,
en el tibio camino que nos llega a la playa.
Donde se deletrea el paso de las aves,
La profunda costumbre del sueño y la mañana.
La elocuencia que presta el licor y la vida
aparece patente en el bar de Neruda.

Hay nombres de poetas que aquí bebieron vino
y crearon los mundos de amistades y otoños.
Envases, cachivaches, sentencias memorables
van dejando mensajes de amor y de rocío.
Las presencias del hombre quedan en las paredes,
las huellas del poeta siguen ensimismadas.
Se acumula la brisa, el resplandor inquieto
de tanta primavera y «materia pensante».
En las olas metálicas se sigue acumulando
el rumor de la vida y todas sus secuela,
inciertas voluntades para las primaveras.
Por todo el patio suenan las campanas clementes,
los sonoros espectros del amor y la calma,
el rumor del rocío milenario y ausente.
Transparentes botellas con sus barcos de angustia
se asoman infinitos a los mundos distantes,
a invisibles quimeras de palabras inquietas.
Vuelven nuevas leyendas de perezosos cráteres
e impensados estribos coronan el ambiente
(son de antiguos caballos juveniles, fogosos).
Vamos pasando ahora por una eternidad
de creadores ágiles, los amigos de siempre.
Fotos de Baudelaire, de Gabriela Mistral,
de Dumas, del triste Federico, de Miguel
Hernández (con gesto de hombre libre).
Es sin, sobre todo, el hogar de los versos.
Puñales de lavanda regresan de las olas.

Isla Negra, 8.10.05.

*El hombre va rompiendo todas las distancias
y senderos.*

AL LADO DEL POETA

*«Mi casa, las paredes cuya madera fresca,
recién cortada, huele aún...»*

Pablo Neruda: «La casa» en «Canto general».

En su casa Neruda reposaba.
Escribía con verdes, trozos del sur de Chile,
infinitas nostalgias de geografías y ecos..
En las mesas aún quedan unos leves testigos
de los trazos intensos, memorables.
Son los mundos abiertos del mundo y el Océano.
Venimos de visita al paraíso inmenso
donde nacía la vida, universos de siempre.
Aquí vamos teniendo todas sus caracolas
como él las tenía, muy cerca de los versos.
Seguimos despertando de minutos vitales:
las figuras de nácar con su brillo perfecto,
esos mares dorados encerrados en urnas,
el célebre colmillo de elefantes gigante,
esas inmensas ostras pareadas y quietas,
los rincones del sueño y, también, la esperanza.
Por todos los espacios resuena la elocuencia
de poemas que nacen junto a las olas blancas.
Amanece el semblante de los ángeles dulces,
equipaje de miel para viajar despacio.
Surgen adolescencias de gaviotas intensas,
diálogos de agua para amores lejanos.
En la desnuda costa el viento permanece
igual que permanecen margaritas y prados,
niños antiguos, dioses adormecidos.
Las nuevas inocencias edifican paisajes,
fantásticos claveles, pasos de enamoradas.

Todo el mundo se adueña entonces de la brisa,
del vértigo incipiente de las aves oscuras
con su volar pausado buscando libertad.
Hélices, vagabundos, desusados poetas
invaden la Isla Negra con furor de soneto.
Luego mercantilizan su ascenso al pasado,
a las grutas abiertas del quehacer presuroso.
Van visitando el mar, solicitan comida,
se extasían por fin ante el vino chileno.
Viven, por otra parte, el limpio territorio
de la poesía virgen y las músicas quietas.
Invisibles ascetas se esconden tras los árboles
en un afán constante de descubrir tormentas
cuando bellas melodías regresan del desierto.
Pájaros ignorados llegan a los cristales,
dejan melancolía en esta costa de aire.

Isla Negra, 8.10.05.

La eternidad puede ser muy breve.

María de la Pau Janer, «Pasiones romanas».

EL CABALLO MÁS FELÍZ DEL MUNDO

*«... me acomodo a la rítmica
querencia del caballo...»*

**Manuel Mantero: «El caballo» en «Equipaje»,
RD Editores, Sevilla, 2005.**

Si visitas la casa del poeta Neruda
encontrarás, de pronto, el caballo más bello.
¿Cómo pudo llegar hasta esta Isla Negra
tan hermoso animal con todos sus recuerdos?
Imponente, en Temuco, su figura infundía

a los adolescentes deseos de aventuras,
la codicia suprema de recorrer los mundos
despertando impacientes al mundo de los sueños
tal vez con amazonas reteniendo las bridas
e infantes sorprendido ante la piel cercana.
El niño Neftalí le miraba curioso,
quería hacerle suyo, acariciar las crines
esas fibras frutales repletas de horizonte.
Un incendio terrible intentó hacer cenizas
aquel trozo de nieve con pezuñas de lago,
lo quiso destruir con su furia de éxtasis.
Alguien pudo salvarlo en los momentos últimos,
cuando ya el crepitar alcanzaba el estribo
y el pánico llegaba a la testuz dormida.
Y, por fin, el caballo con su alma de cartón
se elevó a los cielos junto a las azucenas
y lirios majestuosos que esperaban su aliento.
Llegó feliz un día al caserón dormido
y pudo entrar, curioso, a la casa que antes
habitará el poeta, al interior intacto
de emociones inmensas y detenidos barcos,
y de permanecer junto a humildes presentes
que entre flores y aves viven en la Isla Negra.
Aquí vive su dicha el prodigioso equino
(es guardián cuidadoso de un blanco baño erótico).

Isla Negra, 8.10.05.

*«Ya está todo en su sitio. Yo faltaba
pero aquí estoy, dispuesto a no perderme
este perfume que llamamos vida».*

Enrique García-Maiquez;

«Poesía Española 1935-2000»,

Edición de Carmelo Guillén Acosta.

Novelas y Cuentos (Biblioteca de Aula), Barcelona, 2000.

VAN LLEGANDO LAS AVES

Sobre la playa estrecha, no apta para el baño,
van llegando las aves simétricas y blancas.
Vienen del norte antiguo, van al sur de misterio;
traen de Valparaíso una luz de horizontes
que el sueño de los días llenó de latitudes.
Se confunden las aves con las dormidas rocas,
con la piedra repleta de espumas y silencio.
Margaritas intrépidas lentas se refugian
en los prados que emergen de tanto abismo verde
mientras el viento inquieto trae las olas despiertas.
En el entorno dulce de la casa y la Isla
sólo se ven las luces de blancura perfecta
pero el azul valiente habla de eternidades,
del vértigo y la rosa, de azucenas y espejos.
El Océano viene hasta rincones mágicos,
la innumerable casa de serpentina y eco.
La protegen los prados cercanos y expectantes.

Isla Negra, 8.10.05.

«... el sentido dulce de la

melancolía...».

(Roberto Bianchi).

LAS MUJERES HERMOSAS

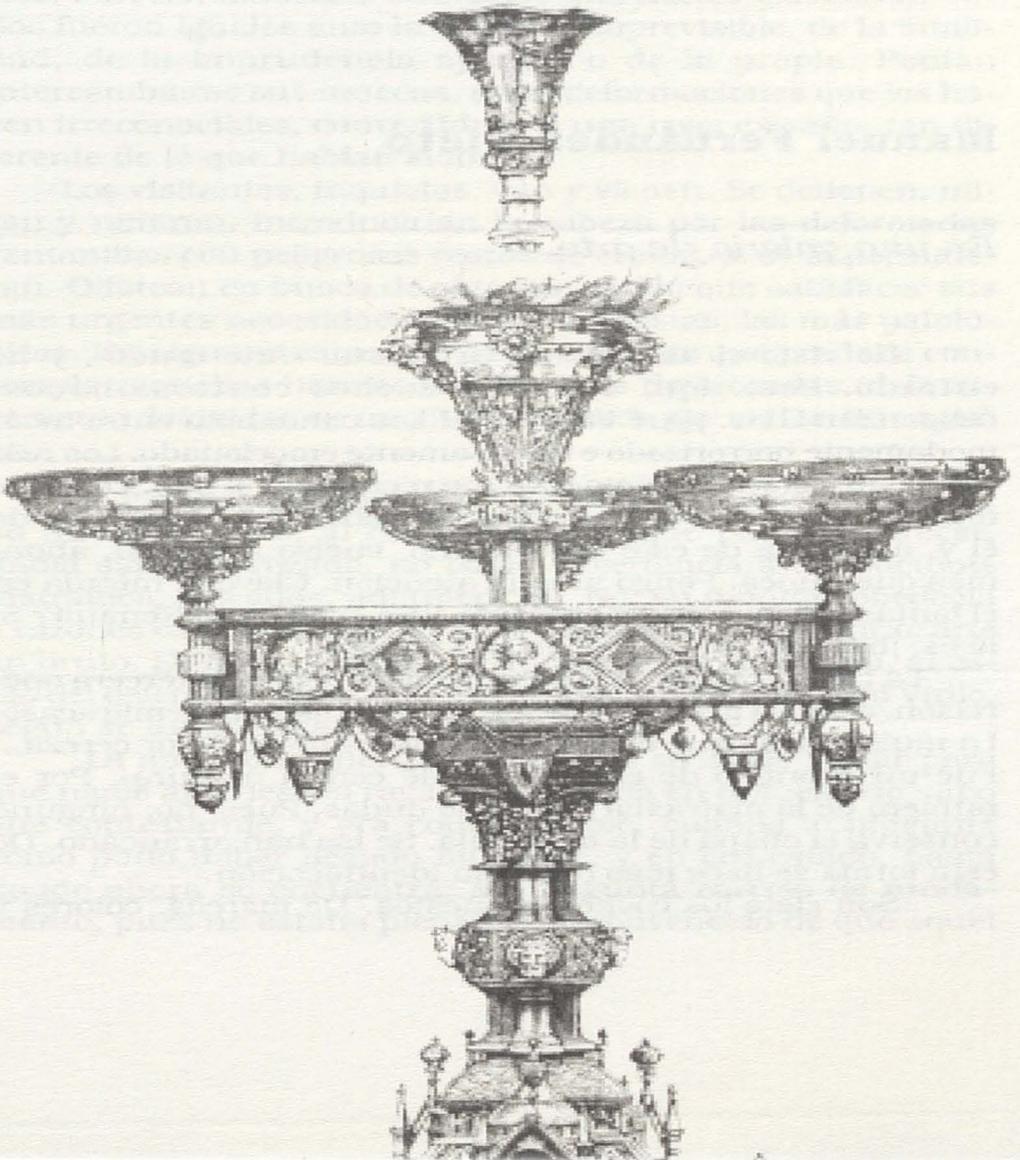
*«Eléctricas, desnudas en el mármol ardiente
que pasa de la piel a los vestidos,
turgentes, desafiantes, rápida la marea...»*

Gonzalo Rojas; «Las hermosas».

Recuerdo para Gonzalo Rojas que habita
en el Torreón del Renegado, Chillán, Chile.

Para ellas, las hermosas, todas.

Las mujeres hermosas son como aves cautas.
Dejan siempre perfume en los grandes espacios.
Pero no se detienen a escuchar los lamentos.
Con su piel de horizonte amanecen intrépidas
y su olor de jardín va quedando en el aire.
Pertrechadas de luces y de espejos
recorren los caminos de futuro invisible.
Son ese talismán de las antiguas horas
con túnicas abiertas repletas de jardines.
Luego viven de lejos los amores inmensos
aunque a veces olviden bellas intimidades..
Si oscuras lencerías son parte de la noche
es que al fin audazmente rompieron las distancias.
¿Quién olvida su roce, cercanía, presencia?.



Manuel Fernández Nieto

En una galería de arte

He visto el anuncio en la puerta: «Arte crudo», y he entrado. Pero aquí sólo hay coches contorsionados, despanzurrados. ¡Qué impresión! Los contemplo entre incómodamente horrorizado e intensamente emocionado. Los restos de un Renault Scénic RXA me recuerdan el mío. Durante mucho tiempo viví obsesionado por saber qué habría sido de él y, a la vista de este espectáculo, vuelvo a estarlo, ahora más que nunca. Pongo mucha atención. Clavo la mirada en el fantasmal montón de chatarra. ¿Es, o no es mi Renault? Si lo es, ¡hay que ver en qué estado quedó!

La pierna izquierda continúa doliéndome. La tercera operación, como la primera y la segunda, ha sido un semifracaso. La muleta, más que otra cosa, es un estorbo. Color cereza... Fue un capricho de ella: «Color de cereza madura». Por el número de la matrícula saldré de dudas. Pues, no; ninguno conserva la chapa de la matrícula. Se las han arrancado. De esta forma se hace más difícil su identificación.

Son siete los coches expuestos. De marcas, colores y

potencias diferentes. Aparecen alineados sobre plataformas de madera separadas unas de otras por espacios que ocupan ruedas reventadas, volantes ovalados, parabrisas cuarteados y hundidos. Todos dejan ver sus deformidades, sus miserias. Parecen animales disecados que nunca existieron. Todos fueron iguales ante la ley de lo imprevisible, de la fatalidad, de la imprudencia ajena... o de la propia. Podían intercambiarse sus muecas, unas deformaciones que les hacen irreconocibles, convertidos en una cosa extraña, tan diferente de lo que habían sido.

Los visitantes, inquietos, van y vienen. Se detienen, miran y remiran. Introducirían la cabeza por las deformadas ventanillas con peligrosos restos de cristal, si se lo permitieran. Olfatean en busca de algo con lo que satisfacer sus más urgentes necesidades sensacionalistas, las más patológicas. En algunas caras es visible el placer que produce contemplar aquellas hermosas máquinas destrozadas, definitivamente detenidas en una hora decidida por un Destino aciago.

En general, por todo eso, la exposición tiene su interés, su atractivo. Pero, al contrario de lo que pudiera parecer, había sido organizada, no como advertencia a conductores distraídos, alocados, adormecidos. No; su montaje obedecía a razones «artísticas», como muestra de arte involuntario: arte en bruto. Es decir, liberado de toda intención estética, al estilo del defendido por el pintor Dubuffet y el filósofo Paul Virilo, según se lee en el catálogo.

La aburrida señorita que tiene a su cargo vigilar para que nadie atravesase la raya azul trazada en el suelo, no supo qué contestarme, y era comprensible, cuando le pregunté cómo pudo haber llegado mi coche, y en ese estado, hasta donde ahora se encuentra. Mi pregunta carecía de fundamento, pues no estaba plenamente convencido de que aquel

Renault fuese el mío. Sólo un presentimiento, cada vez más acuciante, más incisivo, sostenía mi sospecha de que lo era. La señorita, displicente, me contestó con tres preguntas sarcásticamente encadenadas: «¿Su coche? ¿De qué habla? ¿Ha dicho 'miiii... coche?» Después de arrastrar el pronombre de una forma en que me hizo temer que no acabaría nunca, me miró de pies a cabeza, reparando en mi inestable verticalidad y en la muleta. Algo menos desagradable, añade: «¿Es que no comprende? ¿Es que no ve que aquí no hay coches?»

Para qué insistir. Quiero ver al director, o directora, de esta «galería de arte», pues está demostrado, o así lo pretenden, que es una galería de arte escultórico. Tenía derecho a saber cuál había sido el curso de los acontecimientos que terminaron con la situación actual. Para una persona que estuvo en un tris no perder la vida, y que perdió la de su mujer -su media vida-, lo de «Arte crudo» carecía de sentido; tenía todas las apariencias de una broma de mal gusto. Lo que para los demás era una distracción, un pasatiempo, para mí era algo que formaba parte de la representación de un drama del que sólo conocía fragmentos que, a veces, no encajaban suficientemente entre sí. No deseaba volver a torturarme; no deseaba, cuando tenía la sensación de que iba encontrando cierto grado de paz interior, comenzar de nuevo a dar vueltas sobre cómo pudo ocurrir, cuál fue la causa verdadera. ¿Cómo mi coche, tan deseado, tan mimosamente cuidado, sin el menor roce hasta entonces, vino a parar adonde vino? ¿Pero y si no es el mío? Ahora estoy plenamente convencido de que la plasta herrumbrosa de ese Renault color cereza me pertenece.

El director, melosamente amable -lo que me hace sospechar que no va a decirme la verdad, si es que la conoce-, me da unas contestaciones muy parecidas a las de la señorita vigilante: «¡Hombre, qué cosas se le ocurren...! ¿Su coche?

No puede ser. Perdone, pero usted se equivoca. Aquí no hay ningún coche. Sólo hay obras de arte, magníficas esculturas». Se acaricó complacidamente la barbilla. Me apoyo pesadamente en la muleta, y con pasos más enérgicos de lo que me permite el dolor agudizado de mi pierna, me voy a mi casa.

La cerrada oscuridad en que se debatía mi mente, de pronto se ilumina con un rayito de luz que me hace posible retroceder con la memoria unos cuantos años: en la tapicería del asiento trasero, cuando éramos dos jóvenes locamente enamorados, como prueba de amor eterno, ella dibujó con su lápiz de labios un corazoncito atravesado por una flecha, que el tiempo, compasivo, y nosotros olvidadizos, o indiferentes, había sido respetado hasta donde era posible. No dejaba de ser una cursilería. Lo era. Y grande. Pero que ahora podía serme útil para ayudarme a descifrar un enigma tan intensamente preocupante. Nada tenía ya remedio. De nada servía insistir. Ella no volvería jamás, cualquiera que fuese el resultado. Sin embargo, por un empeño tan grande que yo mismo no acertaba a comprender, estaba dispuesto a hacer todo lo necesario para sustraerme definitivamente a esa inquietud descubriendo la verdad del paradero último de mi coche.

Vuelvo a salir a la calle. Cojeo menos. Camino con más soltura, y sin muleta. Pediré permiso a la señorita vigilante para traspasar la raya azul, la frontera de lo prohibido, e introducir la cabeza un segundo por entre los cuchillos amenazadores en que quedaron convertidos los cristales de las ventanillas. Y mirar.

Cuando llego a la «galería de arte», la señorita no me impide entrar, pero tampoco me pone buena cara. Es ahora cuando me doy cuenta de lo imperfecto de su maquillaje. Ya no hay nadie. Es la hora de cerrar. Según se apagan las luces, se va creando una penumbra en la que se difuminan

formas y colores. Por fin, me decido y solicito el permiso deseado que, inesperadamente, obtengo. Con una condición: «Ser rápido». Me pareció ver en aquellos labios mal pintados una sonrisita maliciosa. Atravieso como un relámpago la raya azul que separa lo real de lo fantástico -¿cuál de las dos partes es lo real y cuál lo fantástico?-. Busco con la mirada sobresaltada, y no veo lo que busco. No veo los restos atormetados del Renault. Incrédulo, avanzo unos pasos para cerciorarme de que ya no está allí. Lo habían sustituido por otro de una marca desconocida y pintado de un color amarillo chillón.



Juan Carlos Rodríguez Búrdalo

Poema para recibir la Navidad

Vendrá el Alba.
Una alondra que abre la mañana
nos dirá que afuera de sus alas,
afuera de los ojos nuestros
es verdad la yerba,
y la ternura es verdad,
y aquel sueño a la puerta del silencio
es verdad.

Vendrá el Alba;
abrirá manantiales nuevamente,
traerá plata de invisibles estrellas:
su luz del otro lado;
traerá su baúl para quedarse,
para vivirmos.
Entonces,
dejaremos que la lluvia nos empape
sin preocuparnos el surco del pecho.

Miguel Ángel Curiel

A finales de otoño

¡Ah este álamo azul, de ramas desnudas
y hojas ya barridas...!

Pero una mujer desnuda habla y habla,
se desespera y termina partiendo
la barra de pan por la mitad
para que le quepan en los ojos.

(Se desfonda, y el invierno
que es un tiempo a media altura,
un tiempo de carpinteros...)
Aceitunas en la nieve...

Carta

No soy libre escribiendo Y cuando lo fui
era más bien ñoño, una persona indeseable.
Te parecería fácil volverte loco:

El mundo, el silencio del mundo
lo llenamos de estas porquerías.
La escritura suena a pies que se arrastran.

Rompo este huevo por el sol,
utilizo el verso obtuso como el profeta con loro,
que en vez de orar murmura por el oro que se vuelve
plata...

¡En el nogal desnudo un nido abandonado!
Bien he hecho en trepar por él
Y dejar en el nido un guijarro blanco,

después, liviano, me he tirado a la fusca.

Pan duro

Todo el cielo está en este pan.
Deja que endurezca,
el aire es un sembrador,
granos de hielo siembra,
granos lanzados al cielo para siempre...

Todo este cielo se endurece:
El cainita y el abelita.

Dos hermanos sobre el mismo caballo,
di tú quién se abraza a quien
y di quién guía a quien.

Poeta en catania

A Pedro Antonio G. Moreno

La vida de los escritores:
El silencio del agua,
el sonido del agua.
Se cae el corazón como una cosa:
El silencio de la piedra,
el golpe de la piedra.
Pequeño cuaderno donde se sueña.
Me cabe en él un álamo,
ayúdame tú a empujarlo hasta que desaparezca
dentro de este pequeño cuaderno.

Gonzalo Melgar

Soneto

*«En ti vivimos, nos movemos y existimos, [...]»
De la liturgia de la Eucaristía.*

Como el pez en el agua, yo no he visto
nunca el mar y en él soy y él me rodea
dibujándome límites, me crea,
me da tres dimensiones. Imprevisto

fulgor que me revela que no existo
fuera de Él; Que Él anhela que yo sea
nada para ser Él. Yo me resisto
a dejarme arrastrar por su marea.

Y así, pretendo gobernarme y vago
y yerro, sin salir de su presencia,
queriendo ser «yo mismo»: Vano halago,

Babel de mi intelecto. La Conciencia
sabe que me diluyo y me deshago
tal y como mi muerte lo evidencia.

María Muñoz

Rasgos dispersos de felicidad

El día rompe sus movimientos. Sus límites también.

Se tiende la gravedad y los recuerdos caen como actos
o como insinuaciones.

Llora el amanecer en el instante
aunque en alguna parte difiere la luz.

Isla de las violencias... de las violencias...
Remolinos de sal.

Cálamo para el silencio que me remite a ti.

Sin el amor no hay carisma ni origen ni disidencia.

*¡Arkhé!**

Del corazón fulge la palabra,
instala su soberbia entre la voz que olvida
y la voz que sueña.

Es el anhelo, siempre el anhelo de la presencia.

¿Cómo explicar la huida entonces?

Náyades: ríos y manantiales...
Siete estrellas para el Norte.

Tus ojos completan el mundo.
Azules de la indulgencia. En ellos sobrevivo.

() El Arkhé griego es el principio de todo sentido*



Jesús Pino

A vueltas y revueltas

Dicen los pocos que saben de estas cosas que el aire de los Alberdiales es macho y el aire de la Barbacana hembra. Que el aire de los Alberdiales es seco, verrugoso y alimañero; mientras que el aire de la Barbacana es húmedo, aterciopelado y vegetal. Que el alberdialense es el aire de la Morra, la parte alta del pueblo, y que el barbacanoso lo es del Vallejuelo. Dicen, asimismo, los supradichos, que cuando, antes de la madrugada, cada uno va a ocupar su lugar atmosférico, el alberdial, sediento y con la lengua afuera, se reaviva en el arroyo del Solabros, deteniéndose un instante hasta que el corazón se le normaliza, y que entonces, los vecinos de la Morra, pegan un respingo, al unísono, como si les faltara la respiración, y despiertan al nuevo día. El aire de la Barbacana, aseguran, es más perezoso, y las gentes del Vallejuelo remolonean en las camas inaugurando el amanecer quince o veinte minutos más tarde de lo habitual. Arguyen los escasos conocedores del tema que los aires de los Alberdiales y de la Barbacana no se llevan bien, como cualquier hijo de vecino, y, de vez en vez, se pelean sobre las casas del pueblo, atronando y descargando blasfemias eléctricas que espantan a los guardias municipi-

pales, a las aves de corral y a las viejas acacias del paseo, que contemplan las rabias de los aires, aguantando como pueden el chaparrón. El remolino, Simón Ortigosa Paredes, anida en los arenales del Cristo Hondo y a la más leve fluctuación de las isobaras camineras, se encabrita, se espiraliza y encapota con las flores secas de los espinos y las livianderas escamas de las arcillas, también con las pellizas de los cereales y las caspas de los granitos, echando a girar por la recta geometría de la carretera de la estación del ferrocarril hasta la entrada norte del pueblo, a donde llega mozo de volutas musculosas y carnes apelmazadas con cagarrutas de ovejas, cadáveres de insectos, quebrados palillos dentales, colillas de tabaco y moribundas hojas de acacia y de morera. El remolino, Simón Ortigosa Paredes, baja la calle del Cristo dando tumbos y garbeos de riñones, como un borracho de anís o un gitano achulapado, de acera en acera, de fachada a fachada, izquierda, derecha, izquierda, derecha, absorbiendo todo lo que bajo su pie redondo y ancho ni ancle, pese o alcance puerta abierta hacia la salvación. El remolino, Simón Ortigosa Paredes, a pesar de él mismo, no es, ni mucho menos, un tornado o un ciclón, pero repica aldabas, retiembla cristales de ventanas y zarandea taburetes de taberna, levanta faldas, arranca boinas y ciega chiquillos descuidados que se acercan a saludarle poco educadamente. Recio, nervudo, desaliñando aleros, vertiginoso, panzón y engreído, desemboca en la plaza pública y enfila sus anillos hacia la enhiesta farola de metal. Tres, de los mil quinientos diecisiete vecinos del censo, amparados en la tajada de sombra septentrional, observan, con escepticismo, el tenaz intento, secularmente estéril, de Ortigueira. Aumón Tesco, Sardonio Pereo y Nauto Mores, con las manos en los bolsillos, la edad en los huesos y la expectación en sus pétreas córneas, comentan, apostadores, un posible resultado. ¿Creéis que

hoy...?, pregunta. *Podría ser*, responde. *Eso está por ver*, su-
braya, respectivamente. La farola de metal, Cándida Buena-
ventura, es verde, abidonada en su base, enjuta en su ascen-
sión y cuadriféala en su cumbre. Sus cuatro bombillas ilu-
minan, viscosa y anaranjadamente las oscuridades noctám-
bulas. Abrazada por las enérgicas volutas del remolino, aguan-
ta, firme en su arraigo y sin vacilar, las vaharadas de hojas,
papeles, polvo, ramas y excrementos que pugnan por derri-
barla. Así, un día y otro, un año y otro, un siglo y otro, la
enhiesta Cándida Buenaventura, apretando los dientes, so-
porta las lujuriosas violencias de Simón Ortigueira, sin que
su honesta verticalidad ceda un mínimo ángulo de inclina-
ción a los pervertidos deseos del infame bujarrón, quien,
sudoroso y exhausto, convertido en una piltrafa de arenillas,
cáscaras y retales, moviendo su cabezota, analiza, por infini-
ta vez, arrinconado en la cárcel pública, las razones de su
fracasado intento. Las siete calles que dan a la plaza -la del
Cristo, la del Barro, la de la Iglesia, la de Petre, la del Molino,
la de Herrera y la Honda- se miran con ojos envenenados por
la envidia y la malsana inmisericordia de los enfermos del
corazón. Las siete calles dichas odian al bastardo remolino
que las insulta mientras sube o baja por ellas, mareándolas
ventanucos y balcones, con su fanfarronería volatinera. *Ya
llegarán las lluvias, ya llegarán. Y los recios fríos... Sí, sí, pero
mientras tanto os aguantáis. Celedonio Mirás, el cura párroco
difunto el año de la gripe asiática, dice misa en la capilla de
la ermita de San Pedro. Sobre la ermita, desacralizada hace
más de un siglo, se levanta un cine moderno de sesión conti-
nua, y aunque Celedonio protesta firme y documentadamente,
no consigue hacerse oír, ni hacer valer sus derechos de anti-
güedad. ¡Es un sacrilegio, una injusticia y una mala leche!
¡Cómo van a alcanzar mis oraciones la administración celes-
tial si han de atravesar las pecaminosas penumbras de una*

sala gobernada por el diablo y su cohorte de inmoralidades! ¡Es un desaire y una provocación! Laureano Guirón, el muerto de viruelas, se masturba el espíritu tras las tapias del lavadero. Como ya no hay lavadero y en su lugar acampa una ajardinada piscina municipal, los bañistas, con razón, han elevado muy serias quejas al concejal de deportes, por ver si la autoridad pone orden y remedio ante tales muestras de impudor y osadía. *¡Qué ejemplo para los niños y las señoritas! ¡Si es que a los muertos se les consiente todo! ¡Y además, no se les cobra impuestos de ningún tipo!* A Laureano Guirón, el muerto de viruelas, las dos requisitorias consistoriales se la traen al fresco. Lo ha dicho por activa y por pasiva a quien lo ha querido oír, *en esto no hay nada que objetar*. Lo ha repetido mil veces, sin alterar el tono ni el timbre de la voz. Lo ha mantenido impertérrito y contumaz. *Yo me masturbo el espíritu tantas y cuantas veces me apetezca y quien no quiera ver que no mire*. Así de clarito. En la Biblioteca Pública hay un centenar de libros. Están en un armario en la sala Capitular y la llave la guarda celosamente el secretario del Ayuntamiento. Zacarías Negrino, zapatero remendón, los ha leído todos y esta noble circunstancia le ha convertido en blanco de una rareza sospechosa para el vecindario. *Mire usted, yo no digo que leer sea malo; pero, como todo en esta vida, hay que hacerlo moderadamente. Se empieza leyendo libros sin ton ni son y luego se acaba despreciando las asentadas virtudes de la resignación y la obediencia*. D. Benigno Tamil, es secretario del Ayuntamiento desde que tenía dieciocho años. D. Benigno es bajito, rechoncho y con los ojos de un color azul claro, hermosísimos. También es paciente y soñador. Y un tanto republicano, lo que no le impide invertir muchas tardes de paseo con Celedonio Mirás, el cura párroco difunto en el miserable año de la gripe asiática, enfrascados en largos, hondos y reflexivos diálogos teológicos. *Usted dirá lo que*

quiera, Benigno, pero no hay constancia en el más allá de que el Arcipreste de Hita esté en el Cielo... Señal inequívoca de que se condenó... Cosa poco verosímil tratándose de un clérigo... En eso, mi querido Celedonio, cae usted en un irracional corporativismo... Y usted yerra adjetivando de irracional lo que es la sustancia dinámica del género humano... Las siete calles que confluyen en la plaza viven una ininterrumpida agresividad de insultos, amenazas y reproches entre sí. Las siete calles no se quieren y tampoco saben por qué se odian. En principio, y es razonable, no hay motivo para los resentimientos. Cada una es como es y no le quita razón ni sitio a las restantes. Sin embargo, no hay paz en sus corazones y libran una incierta batalla de soberbias. *Es que algunas se llaman calles por llamarse algo... Claro que si la envidia fuera de oro ¡cómo relumbrarían algunas!... De callejuela, ni patio ni sol ni abuela...* Cuando Zacarías Negrino solicitó educadamente a D. Benigno Tamil el volumen trigésimo noveno de los Episodios Nacionales -Prim- de D. Benito Pérez Galdós, recibió con sorpresa y consternación una negativa tan rotunda que, al principio, tomó por broma, pero la seriedad y contundencia del secretario se le fue convirtiendo en fría, desalmada y gangrenosa verdad. *Zacarías, lo siento. Órdenes son órdenes. ¿Órdenes? ¿De quién?. De arriba. Sin evasivas, don Benigno. Dígame usted nombres. No puedo Zacarías. Las cosas, y no es que me guste, están así.* Para Celedonio Mirás, el párroco difunto, las cosas no pueden continuar como estaban. Al sacrilegio desoído de sus quejas había que responder con acciones duras e inteligentes. Acciones que traspasen los ámbitos administrativos y penetren en las perezosas conciencias, en los adormilados sentimientos del vecindario. Celedonio Mirás, se quitó la sotana y en cueros vivos se declaró en huelga indefinida delante de la puerta del salón de cine. Claro está que un capellán desnudo no arroja heces de concupiscencia

ni faralaes de admiración, mas, un capellán desnudo y muerto, empuja la imaginación religiosa hacia los despeñaderos del fanatismo. *La carne sobra. Lo importante, señores, es el perfume celestial. Y el aura edénico. Y el derecho consuetudinario. No me olviden el derecho consuetudinario, amigos míos.* Las siete confluentes calles se hieren, se ofenden y se escarnecen sin conocimiento de causa o motivo. A veces resulta desagradable pararse en alguna de sus bocanas pues los insultos, las blasfemias y las imprecaciones soliviantan, avergüenzan y ensucian las pacíficas, honestas y limpísimas alquerías de las almas sensibles. El edil de urbanismo, Atanasio Unívero Ermita, media, con escasa fortuna, tratando de poner paz y sosiego entre las viperinas calles. *¿Es que no podéis olvidar y perdonar? ¡Cuando habrá tranquilidad en este pueblo! Estáis advertidas. La próxima vez será peor.* Laureano Guirón tiene muy agotado el espíritu de tanta eyaculación. A él ni le vienen ni le van las amenazas del consistorio ni las injurias de los bañistas. A Laureano Guirón únicamente le preocupa el baldío, aunque gustoso, gasto de energía espiritual. Si alguna vez abandona el solitario vicio será por aburrimiento, por abulia, por hastío, porque, en fin, le dé la real gana o porque le parezca que ya va siendo hora de apretarse los machos e iniciar los arriesgados caminos de la santidad. Laureano Guirón como Celedonio Mirás, es muy suyo y sólo atiende a sus necesidades de difunto. *Pero bien que jode la marrana..., o sea que podía ser más respetuoso..., y más reservado. Lo digo por lo que todos sabemos...* D. Benigno Tamil es un mandado y obedece con resignación las órdenes de sus superiores. El repunte republicano de D. Benigno no es óbice ni cortapisa para ser disciplinado funcionario y un mandato siempre es un mandato, lo que no impide que en su fuero interno sostenga que a Zacarías le tienen mucha envidia y que la lectura no atenta contra ninguna ordenanza

municipal. A D. Benigno Tamil le quedó, después de dar la rotunda negativa, una congoja agria y taciturna, una náusea biliosa, amoniaca. *Igual se le revolvió el hígado. O se le cortó la digestión del café. O se tuvo que tragar el sapo sin rechistar...* Cuando el aprendiz de tornado Simón Ortigueira Paredes se repuso, emprendió camino, calle arriba, aspirando suavemente las abandonadas colillas, las ensalivadas cáscaras de pipas de girasol, los desprevenidos insectos, de izquierda a derecha, de un lado a otro, irritando picaportes, cegando cerraduras, empolvando zaguanes. El remolino Simón Ortigueira evita acercarse a los pozos de las eras. El último descuido le costó una fuerte sanción pecunaria y seis días de exilio urbano. Los pozos secos de las eras son miserables y sucios, malolientes y rencorosos y aunque están advertidos y amenazados de cegazón, siguen en sus trece. Peor que las urracas y mucho peor que los traperos, guardan en sus bolsillos cadáveres de pájaros, de perros, de gatos, cadáveres en autopistas de putrefacción, cabezas de muñecas, excrementos, preservativos y páginas amarillentas de periódicos y Boletines Oficiales del Estado. El remolino, en su última distracción, absorbió todo el arsenal pocero y lo fue aventando por las siete calles. *A mí me dejó una camisa reseca de serpiente... a mí el esqueleto de una rata... a mí una lluvia de cagarrutas frescas de oveja... a mí...*

...Y así con la farola erguida, las calles en guerra permanente, Celestino Mirás en porretas, Laureano Guirón pervertiendo las honestas costumbres de las doncellas y la censura cultural poniendo la guinda en el estado caótico del discurrir urbano, la vida ni va ni viene a ninguna parte. Se queda mirándose, serenamente, avariciosamente, con ojitos de perra ladradora y sin bozal, en las cristalinas aguas que manan del sueño de los niños.

Antología
de poemas caballerescos
castellanos

Juan Claudio Pintado Rivera



DENTRO
Santiago Sastre Ariza



EL
CERVO

AJAJÁ, LYONES
POR UNA MINA SE MUEVO EN CASTAÏ

Joaquín Espalero



COLECCIÓN NOSTRIMO

JESUS FINO GARRIDO

VERSOS
EUCARÍSTICOS

COFRADÍA DEL GREMIO DE HORTI LANOS
TEXEDO 2005

ÁNGEL DEL VALLE



Desde entonces

COLECCIÓN ALFAZOR DE POESÍA

Francisco del Puerto Almazán

Mi corazón y el Mar



22 Vientos del Puchito

María Antonia Ricas Peces

JARDÍN AL MAR



COLECCIÓN YEDDA
Fundación 2004
100 Poesías de España (Poesía del Norte)

Mario Paoletti
artianas

Editorial Pandemia

POESÍA

JESÚS MAROTO
METÁFORAS
RADICALES



El sombrero



<u>Índice</u>	<u>pág</u>
Paco Morata.....	7
Joaquín Copeiro.....	10
Beatriz González Gallego.....	18
María Antonia Ricas.....	21
Vanessa Jiménez García.....	24/59
Jesús Pino.....	29/92
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	32
José Manuel Lucía Megías.....	46
Reyes Santiago Ostos.....	52
Jesús Ortiz.....	66
Manuel Quiroga Clérigo.....	69
Manuel Fernández Nieto.....	80
Juan Carlos Rodríguez Búrdalo.....	85
Miguel Ángel Curiel.....	86
Gonzalo Melgar.....	89
María Muñoz.....	90



CIRCULO
DE ARTE
TOLEDO



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Telefónica